



PERÚ

Ministerio
de Educación

PRONABEC

Pronabec *si* transforma VIDAS

25 historias
de éxito



Pronabec
sí
transforma
VIDAS

25 historias de éxito

José María Balcázar Zelada
Presidente de la república

María Esther Cuadros Espinoza
Ministra de Educación

Sandra Inés Ramírez Méndez
Viceministra de Gestión Institucional

Enrique Chon Yamasato
Director Ejecutivo
Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo (Pronabec)

Luis Manuel Urmeneta Delgado
Ejecutivo de la Oficina de Comunicaciones y Relaciones
Institucionales del Pronabec

Fredy Fernando Ruiz Condori
Editor general

Jean Pierre Vergara Lao
Diseño y diagramación

César Jorge Luis Carlevarino Aragón
Renato Alesandro Candiotti Casanova
Fotografía

Miguel Angel Montes Benites
Karold Janet Rivera Ahumada
Karla Fiorella Valdizán Mantilla
Coordinación general

Genessis Daniela Mercado Sallo
Angela Melina Ccoillo Sandoval
Ruth Luisa Castro Taype
Investigación y edición

Wilfredo Banda Díaz
Malena León Adarmes
Rafael Mori Melgar
Jiordy Arrelucea Sánchez
Belén Flores Yáñez
Alejandro Gonzales Medina
Ryu Puemape Santos
Carlos Alonso Marín Jiménez
Apoyo comunicacional

© Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo (Pronabec), mayo 2026
Ministerio de Educación
Av. Paseo de la República 3755, San Isidro, Lima – Perú
www.gob.pe/pronabec

Índice

Prólogo

Cada una de las historias que conforman este libro es una prueba viva de que las oportunidades en educación pueden llegar a transformar la vida de una persona, de una familia, de una comunidad, y la del país. En el Perú, miles de jóvenes sueñan con estudiar, con salir adelante y con aportar al desarrollo de sus familias y de su país, aun cuando las circunstancias parecen decirles que ese camino no será fácil. Este libro recoge la voz de todos ellos, quienes, desde sus diversas realidades, decidieron no rendirse.

Los 25 becarios que comparten aquí su testimonio crecieron enfrentando carencias económicas, contextos adversos y desafíos que, en muchos casos, parecían insuperables. Sin embargo, también tuvieron algo en común: la convicción de que la educación podía cambiar el rumbo de sus vidas. Ganar una beca no es solamente el resultado de un proceso de postulación: es también el fruto de la perseverancia, de la esperanza en un futuro distinto, y del apoyo de familiares y amigos.

Desde el Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo (Pronabec) creemos firmemente que la educación, y la educación superior en particular, es una herramienta poderosa de transformación social. Por ello, además del apoyo económico, nuestro trabajo es acompañar a jóvenes talentosos con excelencia académica en situación de pobreza o vulnerabilidad, apostando por su potencial, por sus sueños y por su capacidad de convertirse en agentes de cambio en sus comunidades, en ejemplos de superación en nuestro país.

Precisamente, las páginas de este libro nos muestran el proceso de transformación en el entorno personal, familiar y social de los beneficiarios tras ganar una de las becas del Pronabec del Ministerio de Educación, desde que se enteran de esta oportunidad hasta los logros profesionales que obtienen luego de terminar su carrera; así como sus dudas, sus sacrificios, sus miedos y también sus victorias.

Hoy, muchos de estos becarios ya son profesionales que ejercen con compromiso, ética y vocación de servicio, demostrando que, cuando se abren oportunidades reales, los resultados trascienden y generan impacto positivo colectivo.

Invito a quienes tengan el libro en sus manos a leerlo con empatía y esperanza. Que sirvan como inspiración para otros jóvenes que hoy buscan una oportunidad, y como recordatorio de que invertir en educación implica una gran responsabilidad, porque es también invertir en un país más justo, más equitativo y con futuro.

Estas historias son más que relatos de superación personal. Son la evidencia de que, cuando el Estado, la educación y el talento coinciden, la vida de las personas —y la del país— se transforma para bien y para siempre.

Enrique Chon Yamasato

Director Ejecutivo
Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo (Pronabec)

Mérito y excelencia: la educación como puente de oportunidades

La educación es la política pública más poderosa para transformar vidas y construir un país más justo. En un contexto como el que se vive hoy en el Perú —marcado por brechas históricas, desigualdades persistentes y grandes desafíos sociales—, apostar por la educación superior inclusiva no es solo una decisión técnica, es un compromiso con el futuro de nuestra nación.

Las historias que reúne este libro son testimonios de que, cuando el Estado brinda oportunidades con políticas bien diseñadas y centradas en las personas, los resultados son concretos y efectivos. Cada una de estas 25 historias nos recuerda que el talento existe en todos los rincones del país, incluso donde las limitaciones económicas o la exclusión parecen marcar un destino invariable. El Pronabec del Ministerio de Educación ha sido, para miles de jóvenes, el puente entre el esfuerzo individual o familiar hacia una oportunidad real de desarrollo.

Además de ser un apoyo económico, las becas son una herramienta de equidad, un acto de confianza en el mérito, la excelencia académica y la perseverancia, y una inversión social que —como se ha demostrado y se lee en estos relatos— retorna multiplicada en profesionales comprometidos con sus comunidades, y con la construcción de un Perú más competitivo y solidario. Los logros académicos y las trayectorias profesionales que hoy se recogen en estas páginas confirman que las becas otorgadas por el Estado sí funcionan, transforman vidas y fortalecen el desarrollo del Perú.

En tiempos en los que muchas políticas de gobierno enfrentan limitaciones presupuestales y retos estructurales, resulta imprescindible mirar estas historias con atención. Ellas nos confirman que fortalecer el acceso a la educación superior de calidad es una de las vías más efectivas para romper el círculo de la pobreza, reducir desigualdades y promover la movilidad social. No solo se trata de un beneficio individual aislado, sino de una apuesta estratégica por el desarrollo nacional.

Como ministra de Educación, reafirmo el compromiso del sector y del Gobierno con políticas que pongan al estudiante en el centro, que reconozcan el esfuerzo de quienes no se rinden pese a las limitaciones de su entorno, y que conviertan la educación en una verdadera herramienta de transformación social. Pronabec es un claro ejemplo de ello.

Invito a los lectores a recorrer estas páginas con esperanza y convicción, porque cada historia que se narra aquí demuestra que, cuando la educación se convierte en una prioridad, se abren caminos reales de progreso y se construyen oportunidades que trascienden generaciones.

María Esther Cuadros Espinoza

Ministra de Educación del Perú

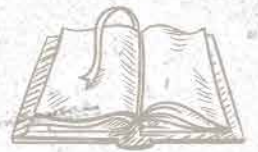
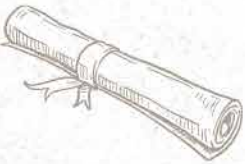


Aprenđi

QUE EL MIEDO

NO NOS DEBE

DETENER



Betza Mónica Ore Asto

Maestría en Ciencias de la Ingeniería, área Hidráulica y Ambiental
Beca Generación del Bicentenario

Tenía seis años cuando mi vida cambió para siempre. Vivía entre las montañas y campos de la comunidad campesina de Atocc, Huancavelica, cuando mi abuelo materno falleció. Al duelo en la familia se agregó un accidente de tránsito por el que casi pierdo la pierna derecha. Durante más de un año fui sometida a cirugías, y los médicos, incluso, consideraron amputarla. Recuerdo a mi mamá, Luisa Asto, interponiéndose entre ellos mientras decía: “Es solo una niña, ¿cómo le van a cortar la pierna?”. Este suceso, lejos de limitarme, se convirtió en el motor que impulsó mi disciplina y determinación.

Me salvaron la pierna. Para ello, mi madre vendió sus animales, su chacra y todo lo que tenía. Viajó a Huancayo y luego a Lima. La capital fue un mundo desconocido y abrumador para ambas por el ruido, la multitud y la barrera cultural. Pero aun así mi madre siguió adelante, decidida a no dejarme sola y a darme calma en medio de la incertidumbre. Mi padre se quedó en el pueblo Santiago de Tucuma cuidando a mis hermanos pequeños.

Mi recuperación fue lenta y quedé con una discapacidad permanente que me impide doblar la rodilla derecha. Cada escalera, caminata y trayecto son un pequeño desafío. Sin embargo, la fortaleza que aprendí de mis padres moldeó el carácter de la mujer resiliente que soy hoy, y esta condición no fue un obstáculo.

Cuando volví al colegio, los libros se convirtieron en mi refugio y en mi manera de honrar el esfuerzo de mis padres. Participé en diversos concursos de conocimientos, fui alcaldesa escolar y terminé el colegio con el primer lugar. Gracias a una beca pude prepararme en una academia

e ingresar a la Universidad Nacional del Centro del Perú, donde estudié Ciencias Forestales y del Ambiente.

Mientras estaba en la universidad trabajé medio tiempo para cubrir mis gastos, también participé en voluntariados ambientales e integré la comisión organizadora del Congreso Nacional de Ingeniería (CONIA)

2017, experiencias que fortalecieron mis valores, mi liderazgo y mi vocación ambiental. Mi tesis de pregrado, sobre el secuestro de carbono en plantaciones forestales, marcó mi primera conexión profunda con la investigación y la ciencia.

“Un triunfo no solo mío, sino de mi familia, de mi comunidad y de todas las mujeres andinas que luchan por un lugar en la ciencia”.

Mi trayectoria profesional se desarrolló tanto en el sector privado como en el público. Fui investigadora del Instituto Nacional de Innovación Agraria (INIA) y trabajé en consultoras ambientales. Luego trabajé en diferentes municipalidades, lideré proyectos de gestión ambiental, recuperación de áreas degradadas, conserva-

ción de fauna silvestre, agua potable y saneamiento, y gestión de residuos sólidos. Estas experiencias me permitieron comprender mejor la realidad de las comunidades rurales, y confirmé que la ingeniería y la ciencia pueden cambiar vidas.

En 2021, en plena pandemia, postulé a la Beca Generación del Bicentenario del Pronabec para estudiar la Maestría en Ciencias de la Ingenie-

ría, área Hidráulica y Ambiental en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y fui seleccionada. Con este apoyo, emprendí uno de los retos más grandes de mi vida: estudiar en un país nuevo y lejos de mi familia.

Me enfoqué por completo en mis estudios y alcancé un promedio sobresaliente, además de ser tesista investigadora en el Centro de Desarrollo Urbano Sustentable (Cedeus) y participar en congresos y ferias académicas. En mi tesis de maestría analicé la calidad del agua de los servicios sanitarios rurales en Chile, investigación que sustenté con éxito el 8 de enero de 2025.

Actualmente soy estudiante de doctorado con la Beca de Doctorado Nacional ANID (Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo) del Gobierno de Chile, uno de los concursos más competitivos del país sureño. Fue un triunfo no solo mío, sino de mi familia, de mi comunidad y de todas las mujeres andinas que luchan por un lugar en la ciencia.

También soy pasante del Centro UC de Derecho y Gestión de Aguas (CDGA), en el que trabajamos sobre los desafíos hídricos y promovemos una gestión del agua más justa y sostenible. Además, fui ganadora del Concurso Visita a la Red de Centros y Estaciones Regionales UC, que me permitió conocer proyectos científicos de frontera y ampliar mi visión en investigación hídrica. A través de la ciencia, quiero seguir contribuyendo a mejorar la calidad del agua en zonas rurales y construir un país más justo, inclusivo y resiliente.



Cuando miro atrás solo siento gratitud. Gratitud a Dios, a mis padres por su sacrificio infinito, a mi comunidad por enseñarme a luchar con dignidad y al Pronabec por dar oportunidades que transforman vidas y apuestan por el talento en cada rincón del país. La beca transformó mi vida, amplió mis horizontes y me permitió crecer de forma integral. Por eso, hoy soy talento guía en el voluntariado Talentos en Acción del programa, donde acompaño a otros becarios que buscan abrirse camino en el posgrado.

Mis sueños de ser profesional y representar a mi comunidad campesina se hicieron realidad pese a todas las dificultades. Aprendí que el miedo no nos debe detener. Ser valiente no es no sentir miedo, sino avanzar a pesar de él. Ni el lugar donde nacemos ni las pruebas que enfrentamos definen nuestro futuro, lo hace nuestra capacidad de levantarnos una y otra vez. Con esfuerzo y dedicación, los sueños se vuelven realidad.



Un sueño

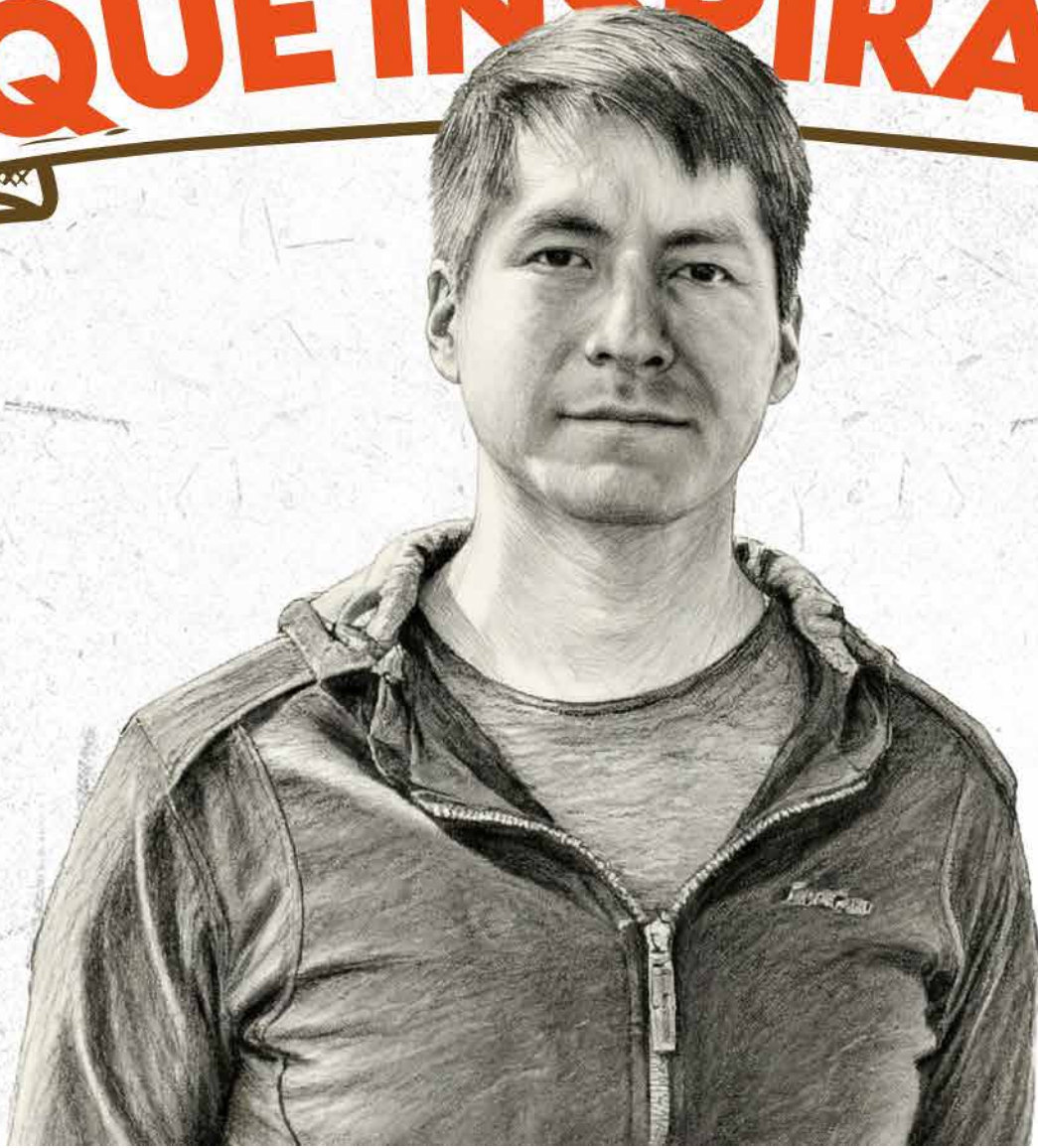
puede

MATERIALIZARSE

en

REALIDADES

QUE INSPIRAN



César Eduardo Taype Matamoros

Ingeniería Forestal y Ambiental

Beca 18

Si algo he aprendido en el camino es que la vida, igual que un árbol, no crece hacia arriba sin antes echar sus raíces en lo profundo. Y mis raíces empiezan mucho antes de mis proyectos, de los reconocimientos o de mis metas futuras. Mi historia comenzó en una estancia humilde en las alturas de Huancavelica, donde la tierra, el viento y los árboles hablan más claro que las palabras. Ahí crecí, rodeado del ejemplo silencioso de mis abuelos, quienes sin discursos me enseñaron a amar y respetar la naturaleza. Observé y aprendí que cada planta tiene un propósito, que cada río tiene memoria, y que cuidar la tierra es, en el fondo, cuidarnos a nosotros mismos.

Mi familia llegó a Huancayo en busca de un mejor futuro, sin un hogar propio, como cualquier otra familia migrante. Nos mudamos de una casa a otra, alquilada o solo cuidándola, siempre con la esperanza de encontrar un espacio que pueda ser completamente nuestro. Paradójicamente, esa inestabilidad material me daba lecciones de vida: la estabilidad es un lujo y el arraigo, a veces, se construye en silencio. Quizá por eso, desde muy joven entendí que el futuro se labra con las manos, con disciplina y con una convicción que no se hereda, se conquista.

Mis padres no tuvieron la oportunidad de terminar la primaria, y aun así siempre encontraron la forma de darme lo que ellos no recibieron. Recuerdo muy claramente que mientras estudiaba la primaria en la I.E. N° 31594 Juan Parra del Riego, mi madre, con un esfuerzo que aún admiro, me compró mis primeros libros para estudiar y poder hacer mis tareas, aun cuando en casa faltaba casi todo. “Hijo, tú llegarás más lejos”, decía.

Mi padre, con su carácter firme y silencioso, me enseñó la dignidad del esfuerzo: me educó con una propina de 20 céntimos, que él estiraba

como si fueran billetes grandes, y con la convicción de que la educación sería mi camino, enseñándome que el valor no está en la cantidad, sino en la intención. Mis padres hicieron lo que pudieron para que yo tuviera lo que ellos no tuvieron: “oportunidad”, y por lo cual estaré infinitamente agradecido con ellos.

Antes de que los sueños universitarios y la profesión de ingeniero forestal y ambiental se asomaran, siquiera como posibilidad, mis días de secundaria transcurrían como las de cualquier otro adolescente. Un día, en clase, nos pidieron redactar un cuento libre. Fue entonces cuando mi mente, mi lápiz y mi mano se apresuraron como si quisieran decir algo importante: “Rocky, la roca del Mantaro”, un cuento sobre un testigo eterno de la contaminación de nuestro río y las voces que guardaba. Una historia de esperanza, de un futuro alentador que poco a poco, en mi vida, creció como la primera semilla de mi vocación ambiental.

Cuando terminé la secundaria, la vida volvió a exigirme coraje. Quería dejar de ser una carga para mis padres, así que, mientras otros preparaban maletas universitarias, yo me puse a trabajar en una carpintería para ayudar en casa y ahorrar lo que pudiera para la pensión de la academia. Lijaba madera y armaba muebles con la misma paciencia con la que uno pule sus metas: pieza por pieza y golpe con golpe mientras soñaba con ingresar a la universidad.

Al ingresar a la Universidad Nacional del Centro del Perú, logré ser parte de la primera generación de becarios del Pronabec. Beca 18 fue más que un apoyo económico; partió en dos mi historia: un antes lleno de incertidumbre y un después lleno de posibilidades. No solo me abrió la puerta a la educación superior, sino que también, me dio un lugar, un camino donde el esfuerzo sí tiene recompensa. Gracias a la beca pude es-

tudiar, investigar, equivocarme, crecer y convertirme en profesional. La Beca 18 no solo transformó mi vida, transformó la historia de mi familia. Yo soy el primero en romper un ciclo, pero estoy seguro de que no seré el último. Me exigí al máximo y logré estar en el tercio y quinto superior universitario, y, a su vez, confirmé que estudiar era mi forma de honrar todo lo que mi familia había sacrificado.

“Seré millonario el día que haya ayudado a sembrar un millón de árboles, porque mi riqueza no está en lo que poseo, sino en lo que puedo dejar”.

Hoy, desde este presente lleno de retos y oportunidades, miro atrás con gratitud, entiendo que mis experiencias me trajeron hasta aquí y se transformaron en propósito. Logré construir la casita que tanto anhelábamos en mi familia y empecé también a servir, a través de mi profesión, a mi comunidad.

Actualmente, soy CEO y fundador de la Asociación Ecosostenible EVERGREEN, director de iniciativas como Apadrina un Quinual y la Reforestación, con presencia en medios de comunicación escritos, radiales y televisivos locales y nacionales. He sido reconocido

por mi labor y activismo ambiental por diversas instituciones y gobiernos regionales. Fui finalista en el concurso nacional “Peruanos que Suman” de El Comercio y el BCP, aunque mi mayor recompensa no está en los reconocimientos ni en los titulares, sino en los abrazos que recibo en cada comunidad.



Es un afecto sincero que nace cuando uno trabaja con el corazón. Ahí, en la sonrisa de quienes aprecian nuestro trabajo, veo una esperanza renovada. Y el brillo de un niño que entiende por qué un árbol puede cambiarlo todo, o que cada siembra es un acto de fe y un voto de esperanza, es un futuro que aún podemos reconstruir.

Ese futuro ya está tomando forma en mi imaginación: la siembra y protección de un millón de árboles nativos, la consolidación de nuestro proyecto piloto de creación de microglaciares, nuestra colecta ecosostenible Reforestatón que movilice al país entero. Veo un Perú donde la palabra “ecosostenible” no es un eslogan, sino un modo de vida. Yo sueño con ese mañana porque lo veo posible, porque lo trabajo, y porque sé que no lo construyo solo. Las iniciativas nacen de una convicción profunda: cada persona tiene la responsabilidad de sanar el mundo que habita. Mi compromiso profesional no es solo técnico; es emocional, espiritual y heredado.

Ese futuro también tiene un nombre: Gaia, mi hija. Ella es la razón por la que mis sueños se hacen más grandes y mis pasos más firmes. Cada árbol que siembro es una promesa para ella y las futuras generaciones; cada iniciativa que lidero es un puente hacia el mundo que quiero dejarle. Gaia es mi inspiración para hacer de este mundo un lugar mejor, para que un día pueda caminar por bosques que hoy estamos reforestando y soñar en un país que cree en el poder de la educación.

Tengo una certeza y siempre diré lo mismo: “Seré millonario el día que haya ayudado a sembrar un millón de árboles”, porque mi riqueza no está en lo que poseo, sino en lo que puedo dejar. Lo digo con convicción y sentido de propósito.

Mi historia no empezó con grandes recursos, pero sí con grandes convicciones. Si miro atrás, veo a mis abuelos sembrando amor por la naturaleza, a mis padres sembrando esperanza y esfuerzo, y al Pronabec sembrando oportunidades. Hoy yo siembro árboles, historias, caminos, y mañana, estoy seguro, se consolidará en un bosque que nos sobrevivirá a todos. Porque mi vida, como los árboles que siembro, tiene raíces profundas, un presente que florece y un futuro que ya empieza a dar frutos. Mi vida es la prueba de que la educación cambia destinos, de que una beca puede transformar familias enteras, y un sueño, cuando se sostiene con esfuerzo, puede materializarse en realidades que inspiran.



Una niña



puede

CAMBIAR

la

historia



Chaska Giordana Quispe Torres

Arquitectura

Beca 18

Mi historia es la de una niña que cambió su destino para cambiar el de los demás. Mi primer acercamiento al activismo y a los derechos humanos ocurrió cuando tenía alrededor de 9 años. Recuerdo claramente la organización que abrió esa oportunidad y el día en que fui seleccionada, junto con otros niños, para representar a mi provincia en una convocatoria nacional donde debíamos hablar sobre los derechos de niñas, niños y adolescentes.

Esa fue la primera vez que llegué a Lima, sin mi madre, solo con representantes de la organización y una persona de la municipalidad. Durante una semana estuvimos internados. Conocí a chicas y chicos de todas las regiones del país que mencionaban palabras que, en ese entonces, me parecían enormes: activismo, incidencia, participación. No lo sabía todavía, pero ese encuentro marcaría profundamente mi vida.

Desde entonces comprendí que los niños también podíamos alzar la voz y que la educación podía abrir puertas a oportunidades que transforman destinos. Ese evento sigue siendo mi mayor inspiración para que más niñas y niños vivan experiencias que les permitan descubrir su poder.

Nací en Calca, Cusco, en una familia de docentes que trabajaban en zonas rurales. Crecí viendo las desigualdades en el sector educativo. A los 14 años sucedió el segundo gran evento que cambió mi vida: obtuve una beca para estudiar en el Colegio Mayor Secundario Presidente del Perú (COAR Lima). Esta vez no me internaría por una semana, sino por tres años, rodeada de jóvenes líderes de sus regiones, maestros increí-

bles y una educación que, de no ser pública, le habría sido imposible costear a mi familia.

Más adelante, gracias a la Beca 18 del Pronabec, me formé como arquitecta. Cada una de estas oportunidades reforzó mi deseo de regresar y aportar a mi comunidad todo lo que se me había brindado. Estudiar no debería ser un privilegio; todos deberíamos tener acceso a estas oportunidades.

En mi último ciclo de la universidad, después de siete años, volví a Calca. Estábamos en pandemia, un periodo que golpeó fuertemente la educación pública. Vi cómo miles de niñas y niños enfrentaban brechas de conectividad, aislamiento y falta de acompañamiento. Sentí que ese contexto era un llamado claro. No era posible quedarme solo mirando; teníamos que actuar. Junto con compañeros de mi promoción del CMSPP-COAR Lima decidimos crear una respuesta desde la juventud para la educación del país.

“Contribuir a un país donde todas las personas, sin importar su origen, tengan acceso a oportunidades que cambien sus vidas”.

Así nació Yachay Wasi, una casa del saber construida a partir del voluntariado, el trabajo colectivo y la profunda convicción de que la educación es un derecho. Lo que comenzó como un pequeño esfuerzo se



convirtió en una organización que hoy reúne a más de 900 voluntarios en 11 regiones, quienes impulsan programas de arte y cultura, reforzamiento académico y bienestar psicológico para estudiantes y familias en situación de vulnerabilidad.

Como fundadora y directora de Proyectos en Yachay Wasi, he acompañado de cerca la transformación de cientos de niñas y niños. He visto cómo reciben el acompañamiento educativo de jóvenes que buscan retribuir lo recibido gracias a becas u otras oportunidades.

Nuestro trabajo también ha inspirado a jóvenes de todo el país. En nuestra última convocatoria postularon más de 700 jóvenes, lo que demuestra que existe una generación comprometida con construir un Perú más justo. Este esfuerzo ha sido reconocido con distinciones como Protagonista del Cambio UPC 2024, la inclusión en la lista de Héroes y Heroínas del Bicentenario, y la nominación al Premio Enrique García al Liderazgo 2025 de CAF – Banco de Desarrollo de América Latina.

Paralelamente, me he desempeñado como arquitecta humanitaria, trabajando en la reconstrucción de escuelas y sistemas de agua y saneamiento en comunidades afectadas por desastres en Perú, México y Guatemala. Estas experiencias fortalecieron mi convicción de que la arquitectura también puede ser una herramienta para construir dignidad.

Con esa visión cofundé Studio Saphy, un estudio que crea infraestructura con enfoque social, identidad cultural y sostenibilidad en el sur andino. Asimismo, impulsé Yanapay-Calca, un colectivo dedicado a la protección animal y ambiental en mi territorio.

Hoy sigo especializándome en respuesta humanitaria, gobernabilidad e innovación pública, integrando la arquitectura, la educación y el activismo en una sola misión: contribuir a un país donde todas las personas, sin

importar su origen, tengan acceso a oportunidades que cambien sus vidas.

A veces, pienso en aquella niña de 9 años que llegó por primera vez a Lima sin imaginar lo que vendría después. Todo lo que hago —cada aula reconstruida, cada estudiante acompañado, cada mapa colectivo creado, cada comunidad fortalecida— es, en parte, un diálogo con ella. Un recordatorio de que cuando un niño recibe una oportunidad, no solo cambia su historia: cambia la historia de todos los que vendrán después.

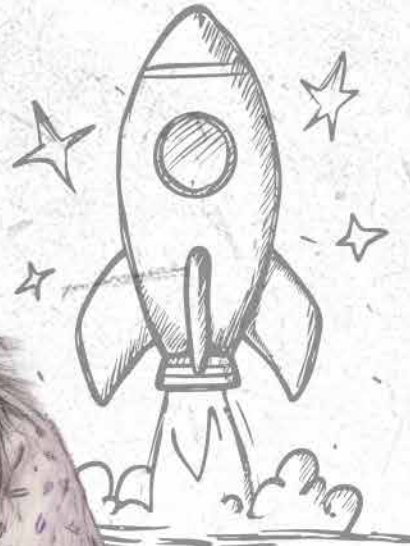


La educación

ME HA

LLEVADO

muy lejos



Cristina Amalia Alvarado Ortiz

Comunicación Social

Beca Permanencia

Postulen a las becas del Pronabec, dijo una de las profesoras de la Universidad de Harvard. Me sorprendió que mientras estudiaba en una de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos, adonde había llegado por una pasantía, alguien me sugiriera postular a una beca del Perú. Yo era estudiante de Comunicación Social en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Amaba la educación, era la primer puesto de mi carrera, pero también tenía grandes dificultades económicas, por lo que presté mucha atención a esa recomendación.

Apenas volví a mi universidad postulé a la Beca Permanencia del Pronabec. De esta forma pude comprarme lentes nuevos para leer mejor mis libros, pagar un curso de inglés (que por mi experiencia en Harvard me di cuenta de que era necesario); me compré nuevos útiles de escritorio y tuve una mejor alimentación. Mi vida universitaria terminó sin apuros económicos y yo estaba más preparada.

Ciertamente, la educación me ha llevado muy lejos. Pero lo que pocos saben es que becar a un joven no solo es invertir para darle un mejor futuro a esta persona, también es un gran apoyo e inspiración para las personas que le rodean. El becario tiene el potencial de transformar la realidad a su alrededor.

Cuando fui becaria del Pronabec pude fundar la organización juvenil Trini, para realizar actividades de prevención de la violencia de género en mi universidad. Así, cientos de jóvenes aprendieron a amar sin violencia en las actividades que realizamos. Mezclamos arte y tecnología para prevenir casos de violencia en nuestra comunidad. Desarrollamos una

aplicación de apoyo para los estudiantes y pudimos ayudar a compañeras que estaban pasando casos de violencia durante su etapa universitaria.

Trini logró ganar el Premio Nacional de la Juventud 2020 y muchos otros importantes reconocimientos. Creo que sin el apoyo de la beca no hubiera podido sacar adelante esta organización, que —hasta el día de hoy— ayuda a sensibilizar sobre la importancia de vivir en bienestar y sin violencia.

Cuando era una niña soñaba con estudiar todo tipo de profesiones: para ser abogada, aviadora, obstetricia, docente. Me era muy difícil decidirme a estudiar una sola cosa. Pero siempre soñé y soñé. Hoy puedo decir que la beca del Pronabec y el apoyo incondicional de mis padres

me ayudaron a hacer posibles mis sueños. Espero poder viajar a otros países para continuar mis estudios de posgrado, y las becas son la mejor opción para lograrlo.

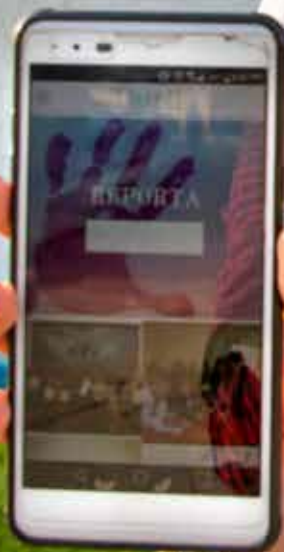
“Hoy puedo decir que la beca del Pronabec y el apoyo incondicional de mis padres me ayudaron a hacer posibles mis sueños”.

Por ahora voy cumpliendo ciertos requisitos que exigen los concursos de becas. Además, en este camino he comenzado mi segunda carrera de artista como “Starcris”. He comenzado a publicar canciones y cuentos de mi autoría por redes sociales. Me alegra que haya muchas personas siguiéndome (muchos de ellos son menores de edad) y

YOR DE SAN

NA DE ÉRICA

de



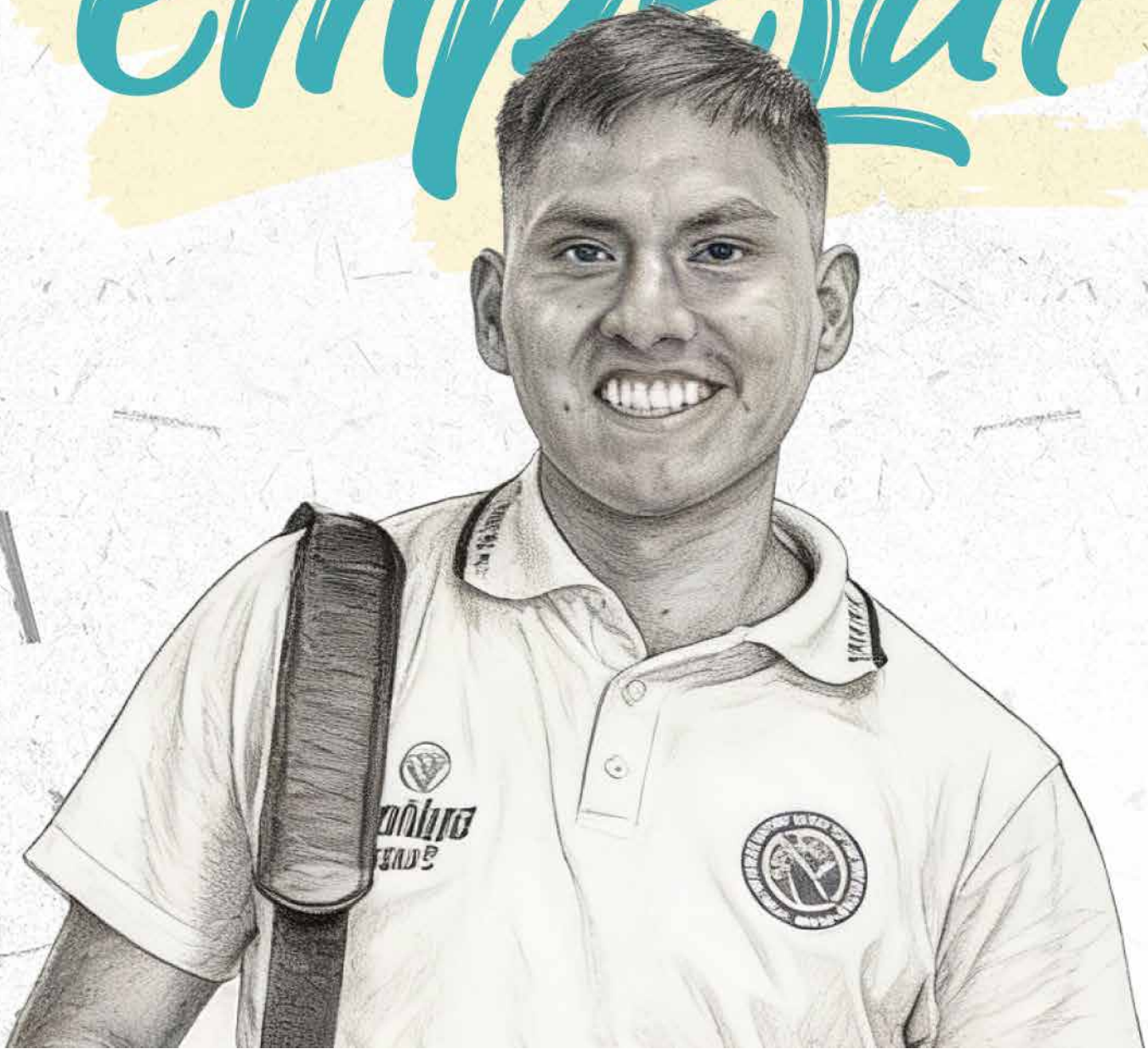
siento que estoy mejor preparada para dar lo mejor de mí al mundo. Me siento muy orgullosa de ser peruana y feminista. Y también muy agradecida por las becas que me han impulsado a llegar más alto. Estoy segura de que, así como yo, muchos becarios darán lo mejor de sí y lograrán mostrar, con sus acciones y logros, todo el talento que guarda nuestro lindo país.

Mientras exista

esperanza

SE PUEDE
VOLVER A

empezar



Diego Angel Quispe Boza

Diseño Gráfico

Beca 18

Nací en la sierra de Huancavelica, distrito de Moya, en una familia humilde pero llena de esperanza. Cuando tenía 3 años, a mi padre —docente de profesión— le asignaron una plaza laboral en San Martín de Pangoa, en la región Junín. Mi madre, una mujer proveniente del distrito de Yauli, nos acompañó en ese nuevo inicio. Fue allí, en medio de la selva, donde transcurrió toda mi infancia.

El sueldo de un docente en aquella época era muy bajo. Crecimos sobreviviendo, estirando cada moneda, improvisando cada comida y aprendiendo a valorar lo poco que teníamos. Recuerdo los botaderos de basura, donde buscaba juguetes rotos que yo mismo reparaba. Un carrito sin llantas podía convertirse en mi tesoro si le improvisaba ruedas de tapas o pedazos de botella. Ese ingenio —ese arte de crear desde la necesidad— sería algo que más adelante marcaría mi vida.

La selva fue mi hogar. Mis días transcurrían entre ríos, bosques y caminos de tierra. Aunque vivíamos con carencias, mi espíritu creció libre. En el colegio era un estudiante sobresaliente y, sobre todo, un líder nato. Destacaba en la banda de músicos y en todas las actividades artísticas: ahí descubrí que llevaba un artista dentro.

Mientras crecía, me hacía una pregunta clave: ¿qué quiero hacer con mi vida? Tenía claro que anhelaba ser un profesional. No por ambición, sino por darle a mi madre la calidad de vida que nunca tuvo. Ella fue quien me inscribió a Beca 18, confiando en mi talento, aun cuando no todos en mi familia creían que podía ganarla.

Gracias a la beca del Pronabec pude mudarme a Huancayo para estudiar Diseño Gráfico. Ese cambio, con todo y su promesa de oportunidad, fue doloroso: dejar la selva fue como arrancar una parte de mí. Muchas noches lloré porque no soportaba la ciudad. Extrañaba mi casa, mis ríos, mi infancia libre y la calidez que encontraba en el hogar. Pero seguí adelante, impulsado por una meta: que mis padres se sientan orgullosos de mí.

Terminé mi carrera técnica en 2017 y, con la misma determinación, ingresé de inmediato a la Universidad Nacional del Centro del Perú, para estudiar Ciencias de la Comunicación. Estudiaba y trabajaba a la vez, pues en este último caso ya no contaba con la Beca 18, por lo que tuve que pagar la carrera con mis propios medios.

Vendía chocolates en cajas decoradas. Como sabía diseño, me esforcé por hacer unas envolturas muy bonitas, pero las personas consumían el chocolate y botaban la cajita de cartón. Ahí surgió la idea de hacer cajas que duraran más, que tuvieran otro uso, por lo que experimenté con otros materiales. Descubrí así el mundo del cuero, un material resistente, elegante y lleno de posibilidades. Ese conocimiento, que nació por necesidad, se convertiría más adelante en mi marca personal.

Siempre pensé que, en la vida, un trabajo no es suficiente para salir adelante. Esa idea nació de mi infancia, cuando veía a mi padre esforzarse y aun así faltaba dinero. Por eso decidí emprender, crear, no depender solo de un sueldo. Esa mentalidad me mantenía en movimiento.

Un día recibí una llamada del hospital y mi vida cambió. Ese fue el golpe que quebró mi mundo. Mi mamá, mi mayor motivo para estudiar y mejorar, fue diagnosticada con cáncer de vesícula biliar en fase terminal.



ITP CITEccol

Desarrollamos tus capacidades

ZUNIGA sport



El cáncer ya había llegado a su cerebro y pulmones. Día tras día la veía deteriorarse: su piel pálida, el desequilibrio en sus ojos, los bultos en su cabeza. Ya no podía caminar ni sentir sus piernas.

El COVID golpeaba fuerte en Huancayo, pero yo iba al hospital cada mañana. Era el hijo mayor; debía ser fuerte. Me repetía: “Si yo me derrumbo, ¿quién cuida de mi mamá?, ¿quién cuida de mis hermanos?”.

Cuando su pulso bajó, la internaron de emergencia. Y luego llegó la llamada que nunca quise contestar. Mi mamá había fallecido. No lo podía creer. Sentí que mi vida se apagó. Perdí la motivación, la alegría, el sentido. Pasé meses sin saber qué hacer, era como si mi mundo hubiera colapsado.

Mi papá también se enfermó por la pena. Lo acompañaba cada día porque juntos recordábamos historias de mi mamá, de esa mujer que lo dio todo por nosotros. No quería perder esos recuerdos.

Después de su partida, me prometí algo: honrar a mi madre. Ella era Doris Boza, y yo también soy Boza. Siempre me parecí a ella, no solo en el color de nuestra piel y el brillo de nuestra sonrisa, sino también en el carácter, lleno de empatía y energía viva hacia los demás. Decir “Diego Boza” se convirtió en un símbolo de identidad, de fuerza y de amor.

“Ese conocimiento, que nació por necesidad, se convertiría más adelante en mi marca personal”.

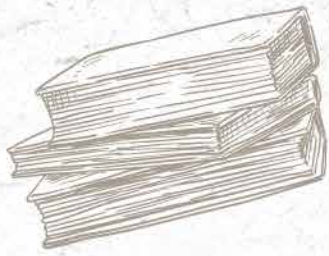
Así nació mi marca: “Diego Boza – Artículos de cuero”. Viajé a Lima para aprender, compré herramientas sin saber usarlas, me equivoqué muchas veces, pero seguí. Hoy tengo un taller donde producimos carteras, mochilas, casacas y distintos artículos exclusivos de cueros. Tenemos también una línea deportiva.

La beca y mi talento me dieron el impulso para emprender un camino propio. A veces no había ventas, a veces sentía soledad. Extrañaba a mi mamá, y no siempre encontraba comprensión en mi hogar porque mi papá rehízo su vida.

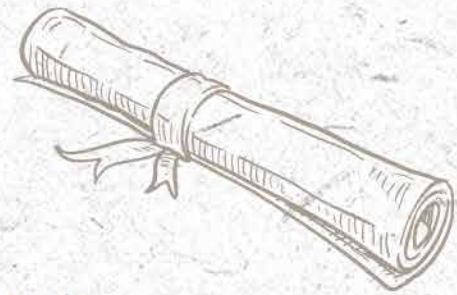
Encontré finalmente un espacio donde sanar: una comunidad cristiana. Ahí descubrí que todos cargamos batallas invisibles. Que la fe no elimina el dolor, pero sí le da sentido. Comprendí que la vida es justa y dura al mismo tiempo. Que fallamos, pero podemos levantarnos. Que hay días buenos y días malos. Y que siempre, incluso en la oscuridad, existe esperanza.

Con lo aprendido del diseño, la comunicación, la vida y la fe, hoy me dedico a ser promotor deportivo. Cuando organizo torneos y veo a las familias reunidas —padres alentando, abuelos apoyando, niños sonriendo— siento que estoy sembrando algo que yo no tuve de pequeño: un espacio de apoyo, de unidad, de oportunidad.

Sueño con que cada joven, incluso el que viene de un lugar lejano como San Martín de Pangoa, pueda creer en sí mismo, porque si yo lo logré, cualquiera puede hacerlo. Y mientras exista esperanza, siempre se puede volver a empezar.



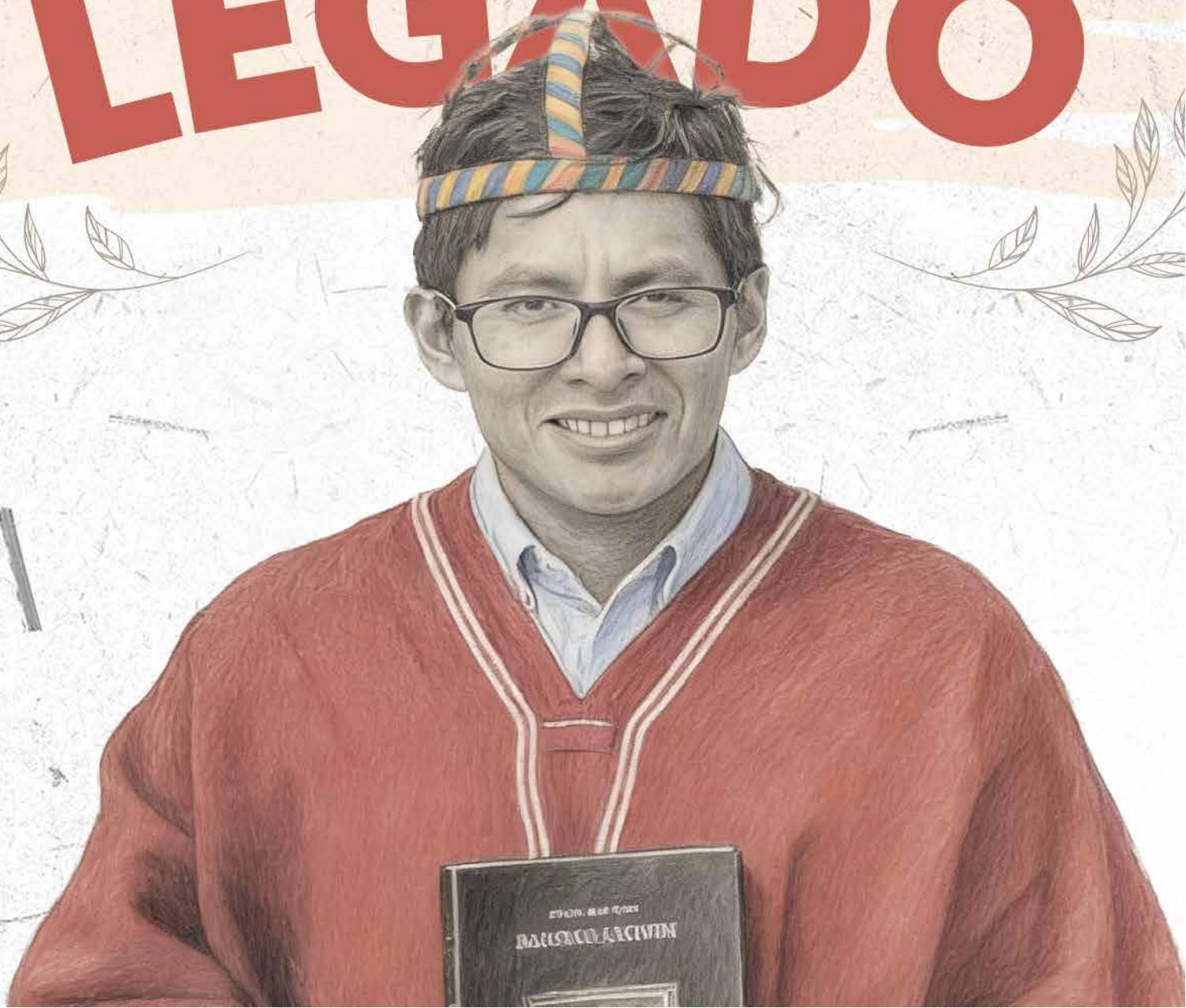
Ser



DOCENTE

es dejar un

LEGADO



Edwin Lucero Rinza

Educación Intercultural Bilingüe

Beca 18

Nací en una comunidad del norte del Perú, donde el canto de las aves surca el destino del hombre andino, donde el quechua kañaris entona con ritmo poético su expresión, su sentimiento y emoción al hablar.

En la escuela empecé a imaginarme que podía llegar a ser un profesional reconocido y exitoso. Para lograrlo empecé yendo al centro de salud de mi comunidad, con el fin de que me realizaran un test vocacional. Recuerdo las palabras de la psicóloga que me atendió: “Ningún joven llegó por interés propio para una orientación vocacional. Serás grande algún día”. Los resultados del test tuvieron un mayor porcentaje de afinidad para derecho y ciencias políticas.

En mi familia no se contaba con los recursos económicos suficientes para sustentar mis estudios superiores, pues ya uno de mis hermanos estaba en la universidad. Los últimos meses de secundaria pasaban y la angustia me carcomía al saber que no cumpliría con mi sueño. Hasta que un día un familiar me habló de un examen de admisión, y yo le dije: “No puedo ir porque eso tiene un costo y no tengo plata”. Y él me dice: “No, primo. Es un examen para Beca 18 en Lima. No se paga nada”. Mi oportunidad para estudiar era ganar una beca del Pronabec.

Las cosas pasaron muy rápido. Ya estaba en Lima estudiando, eso sí, con una profunda tristeza. Me sentía como un cactus en el desierto. Una ciudad tan grande, tan diferente a mí y a las verdes praderas del corazón de la cultura kañari, donde crecí. La carrera que estudiaba se llamaba Educación Intercultural Bilingüe. No era lo que yo hubiera deseado, pero confiaba en que más adelante me podría sorprender.

Al terminar el primer ciclo de estudios hice las gestiones para poder cambiarme de carrera. Pero eso no fue tan sencillo, y yo trataba de estudiar, como podía. Cuando en mi facultad me pedían representar a mi cultura, yo aceptaba, hasta que eso fue creciendo. Representaba a la región Lambayeque en la Universidad San Ignacio de Loyola. Y hasta tuve la oportunidad de grabar un comercial en favor de la diversidad cultural que existía en dicha casa de estudios.

Un día llegó una oportunidad que marcaría un hito en mi historia. Un gru-

“Supe que sería docente, al comprender que mi cultura y lengua no eran muy conocidas y que había que difundirlas”.

po de estudiantes de la USIL, de la modalidad EIB, hicimos un viaje a Huancayo. Teníamos que representar a nuestra universidad en una noche cultural. Los compañeros de los ciclos superiores me dijeron: “Edwin, por favor, preséntanos, tú eres quechua kañaris y tu quechua no es muy conocido. Puedes cantar, por ejemplo”. “Yo no canto”, les dije, “pero puedo declamar un poema”.

Al terminar de declamar el poema, me ovacionaron. Pero eso no fue lo más resaltante. Al concluir

la actividad, algunas personas se acercaron y me dijeron: “¿Qué quechua hablas? Te entendí un poco”; “no entendí, pero sí me gustó la entonación que hiciste”. Me sentí muy contento. Hice nuevos amigos. Recibí felicitaciones y abrazos. Ahí cambió mi destino. Supe que sería docente,



Kinchik a

anam waranmi

Yaâakushunllapa, c

markanchik yugaf

al comprender que mi cultura y lengua no eran muy conocidas y que había que difundirlas. Desde ese momento me interesé en investigar más y me comprometí con mi cultura.

Tiempo después, estaba tan entusiasmado en la difusión del quechua kañaris que empecé a escribir un libro con poemas en mi lengua. En el año 2018 lo publicamos con el título: Runapa Ñawin. También empecé a tener mucha acogida con el público y en las redes sociales.

Llevé el curso del Ministerio de Cultura del Perú para traductor e intérprete de lenguas originarias. Actualmente, me encuentro acreditado como tal. Empecé a destacar como docente EIB y escritor quechua. Hice ponencias y he dictado cursos en quechua. También he elaborado material didáctico y pedagógico en lengua originaria para el Ministerio de Educación; y he participado también en la elaboración de leyes en quechua kañaris, como traductor e intérprete.

De todo este trabajo, lo que más me ha dado satisfacción es impulsar la cultura quechua en mis estudiantes de primaria. Que niñas y niños se sientan orgullosos de su identidad, y que empiecen a hablar en quechua, y también a vestir con las ropas tradicionales, como la lliklla, entendiendo que no deben tener vergüenza, porque es la cultura de sus padres y abuelos; y que aprendan conceptos como la Etnomatemática.

Me han pasado otras cosas importantes desde que decidí ser docente EIB. He realizado una maestría en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para seguir formando la esencia de mi cultura. Y ahora tengo también una hija, que he llamado Qurituktu. En lengua originaria significaría Flor de oro. Siento así que no solo se trata de un discurso, va más allá: se trata de dejar un legado.

Los sueños

CRECEN

cuando uno

**DECIDE
CUIDARLOS**



Efrain Santiago Ticlla Alanya

Negocios Internacionales

Beca 18

El lugar donde nací es muy frío. Se llama Comuwillca y está ubicado a 3800 m s. n. m., en la región de Huancavelica. Está lleno de gente cálida. Allí, desde pequeño, aprendí que los sueños solo crecen cuando uno decide cuidarlos.

Mi familia siempre me enseñó que, aunque las oportunidades no fueran muchas, el estudio era el único camino para transformar nuestra vida. Yo lo tenía claro: no quería seguir viendo a mis padres luchando solos contra la adversidad. Quería retribuirles con logros, con orgullo y con un futuro distinto. Quería que haya cambios en ellos.

En el colegio me esforcé todo lo que pude. Sabía que al seguir estudiando la calidad de mi vida iba a mejorar. Y es allí donde llegó el Pronabec. Apareció en mi vida como un rayo de luz, ofreciéndome aquello que parecía lejano: una educación superior que mi familia no podía financiar.

Recuerdo perfectamente el día en que me enteré de que era becario: sentí que mi vida acababa de cambiar. Pronabec no solo me dio recursos económicos, técnicos y académicos, también me dio una responsabilidad enorme: demostrar que el talento de los jóvenes de provincias vale, pesa y transforma.

Durante mis estudios descubrí mi pasión absoluta por el mundo del comercio exterior. Me enamoré, sobre todo, de las exportaciones de los productos superfoods que cuentan con un gran valor nutricional. Asimismo, de cómo una empresa o una cooperativa puede progresar cuando sus productos trascienden fronteras. Pronabec me abrió la puerta al conocimiento, pero también me enseñó disciplina, resiliencia y una forma nueva de ver mi propio potencial.

Hoy, con cada logro, veo la Beca 18 como una oportunidad y una misión. Como becario he estudiado para mí, para mi familia, para mi comunidad y para las generaciones que vienen detrás. Y seguramente les pasa lo mismo a todos los becarios. Es por ello que el efecto de la beca es multiplicador, el impacto es grande.

“Así como una beca transformó mi vida, yo quiero que Agrohuilca transforme la vida de muchos agricultores huancavelicanos”.

Al ver las dificultades que atravesaba mi comunidad, especialmente la injusticia de vender sus productos como la papa a precios que ni siquiera cubrían los costos de producción, entendí que algo tenía que cambiar. Fue allí cuando nació en mí la convicción de crear una solución real.

Así surgió la asociación Agrohuilca, un proyecto que construí con el corazón puesto en mi tierra y en los agricultores, porque sé que, de esas ventas, de las papas que cosechan, dependen la educación de sus hijos y el sustento de sus hogares.

Agrohuilca es mi manera de devolverle a mi comunidad todo lo que me dio. Su propósito es claro: impulsar los productos agrícolas locales, fortalecer las cadenas productivas y demostrar que las zonas altoandinas tienen un enorme potencial para competir en los mercados más exigentes, especialmente cuando trabajamos bajo un enfoque de asociatividad.



Cada paso que doy con Agrohuillca es un recordatorio de mis raíces, de las madrugadas heladas, de la magnitud de las lluvias en las cordilleras, de los campos sembrados por manos trabajadoras, de la esperanza de mis padres, del ejemplo que quiero dejar a mi familia y, sobre todo, de lo que la educación puede lograr cuando se convierte en oportunidad real.

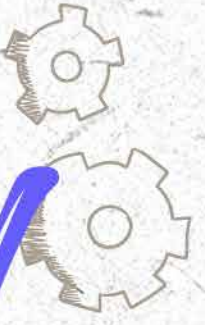
Hoy agradezco profundamente al Pronabec, por creer en mí, por mostrarme el camino que yo podía recorrer para llegar tan lejos como nunca me había imaginado. Así pasa cuando estudias, se te abre un mundo. Te das cuenta de que eres otro, sin olvidar tus raíces, eres otro para defender y darle valor a tu identidad. Sí, es en ese sentido que Pronabec sí transforma vidas.

Mi compromiso ahora es seguir creciendo, seguir aprendiendo y seguir construyendo oportunidades para otros. Porque, así como una beca transformó mi vida, yo quiero que Agrohuillca transforme la vida de muchos agricultores huancavelicanos.

Mi historia está recién comenzando. Pero si algo tengo claro, es esto: cuando uno entiende de dónde viene, sabe exactamente hacia dónde quiere llegar. Siempre resalto mi identidad, mis raíces, y es algo que me gusta transmitir a los jóvenes cuando me piden que les dé unas palabras. Yo les digo: nunca olviden de dónde vienen, y, sobre todo, nunca olviden a las personas de ese lugar de donde vienen.



≡ Esta ≡



oportunidad

CAMBIA

EL RUMBO
DE TU VIDA



Estefanía Soledad Gómez Velasque

Producción y Gestión Industrial

Beca 18

Mi madre se convirtió en mi modelo de perseverancia. Yo era una niña que empezaba a conocer el mundo desde Apurímac. La veía a ella esforzarse incansablemente para terminar su carrera y convertirse en docente. Y luego la vi viajar a otras comunidades para enseñar, mientras yo tenía que quedarme con mis tías o mis abuelos.

Mientras mi hermana y yo dormíamos, mi mamá estudiaba hasta altas horas de la noche oyendo “Un velero llamado libertad” de José Luis Perales. Incluso ahora, algunas veces, cuando me siento cansada, o con ganas de rendirme, escucho esta canción. Es un recordatorio de que tengo que seguir, tal como lo hizo mi madre, quien logró estudiar, siendo de origen bastante humilde y, lo más admirable, siendo mujer y madre soltera de dos niñas. En su tiempo, las mujeres no eran educadas para ser profesionales, sino amas de casa, pero ella fue rebelde, y mis tías siguieron sus pasos, abriendo un camino de oportunidades.

Cuando me tocaba vivir con mis abuelos, en un entorno donde no había fluido eléctrico, TV o radio, cuidaba a las vacas o a las ovejas. Mientras jugaba con piedritas y ramas, que me hacían plenamente feliz, las ovejas se escapaban. En un abrir y cerrar de ojos se metían a la chacra de algún vecino. Mi abuelita me llamaba la atención en quechua. Hoy recuerdo con nostalgia todas sus recomendaciones. Y me hace pensar que estas experiencias hacen que las personas de la sierra sean unidas, solidarias, empáticas, humildes y tengan esa hambre de querer salir adelante.

Al terminar el colegio gané una beca para realizar un curso técnico en Lima. Al conocer el campus de Tecsup, me quedé maravillada por sus laboratorios, aulas y biblioteca. Veía que los docentes trabajaban en gran-

des empresas. Sus experiencias me revelaban un mundo muy diferente a lo que conocía. Un día, mientras estaba estudiando, anhelé profundamente estudiar una carrera allí.

Al terminar el curso corto, opté por quedarme en Lima trabajando como promotora de Beca 18 en Tecsup. Hablaba tanto de esta oportunidad, sobre las ventajas de estudiar en este instituto —que podía cambiar el rumbo de una vida, como lo estaba haciendo conmigo—, que finalmente el sueño se me cumplió. Postulé a la beca del Pronabec.

“Este gran abanico de actividades me hizo ver que disfruto oír a los clientes y atender sus necesidades”.

Veía que familias enteras acompañaban a sus hijos en este proceso. El día del examen yo estaba sola, pero sabía que mi mamá me acompañaba con sus rezos y sus mejores deseos. Y sí funcionó: gané la Beca 18, modalidad Reparad, y pude finalmente estudiar la carrera de Producción y Gestión Industrial en Tecsup.

En los primeros dos ciclos me costó ponerme al nivel de mis otros compañeros, ya que ellos venían de prepararse en academias y yo de un colegio estatal con un nivel de preparación inferior. Sin embargo, con esmero y dedicación, logré en cada ciclo subir de puesto, y culminé la carrera en el décimo superior.

Mientras estudiaba en los últimos ciclos, me di cuenta de que me gustaba el mundo de las ventas y el emprendimiento. Así llegué a trabajar en



una MYPE, donde aprendí el funcionamiento de muchas áreas: desde logística, planner y hasta las mismas ventas. Este gran abanico de actividades me hizo ver que disfruto oír a los clientes y atender sus necesidades, por lo que empecé a estudiar por mi cuenta Ingeniería Industrial en la USIL. Al concluir la carrera, mis conocimientos se habían fortalecido. Esto me llevó, luego, a trabajar en una empresa que colabora con las mineras más grandes del Perú.

Agradezco inmensamente al Pronabec por haberme permitido estudiar en Lima. Por haber creado una realidad diferente que, por la realidad económica de mi familia, no hubiera podido alcanzar.

Deseo de todo corazón que Beca 18 siga siendo un puente transformador que cambie vidas como la mía, porque tener la oportunidad de recibir una educación de calidad cambia la realidad de familias enteras. El Perú —y esto es lo que creo— necesita de profesionales preparados que busquen y generen más oportunidades para mejorar nuestro país.



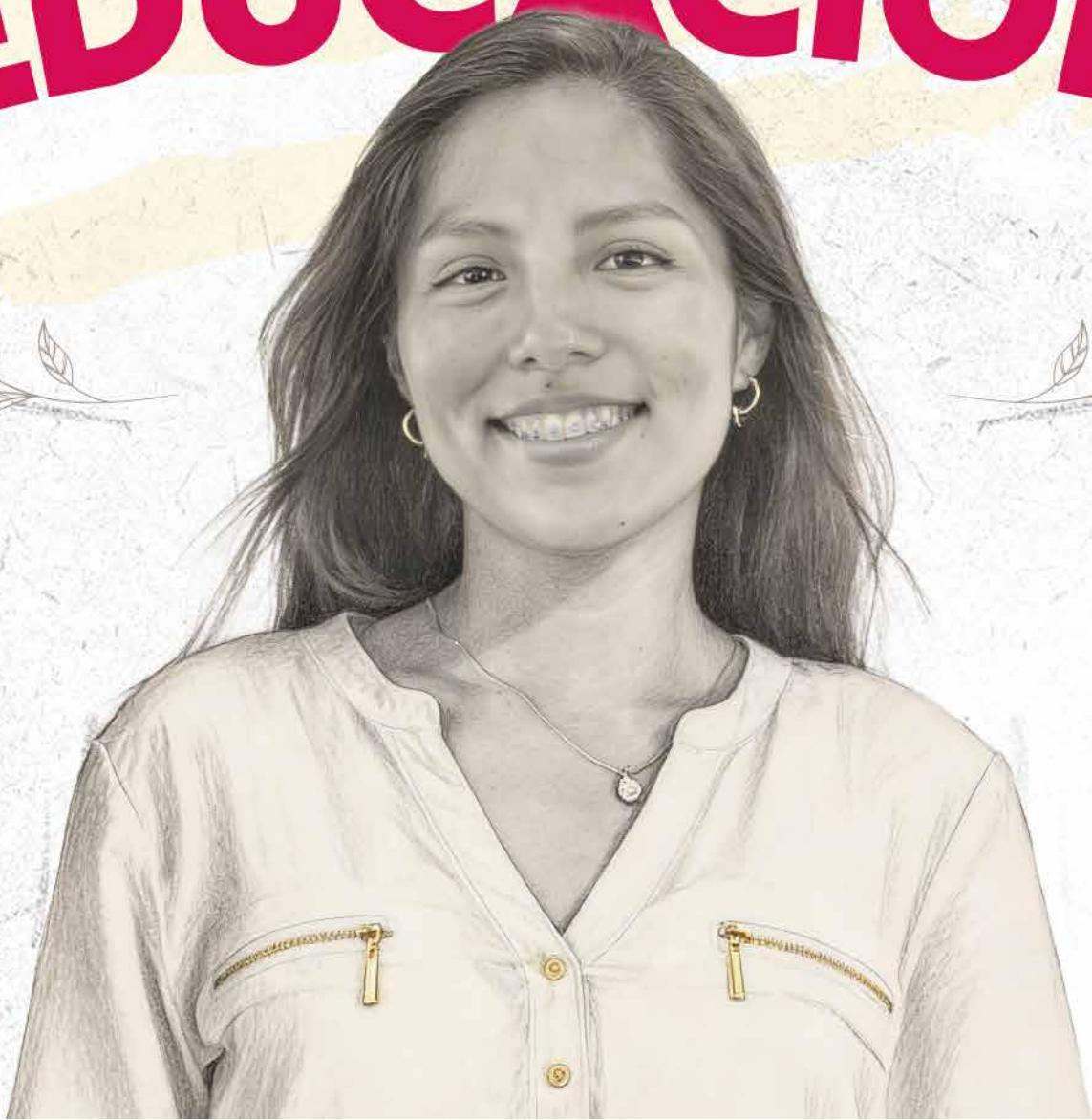
Te pueden

QUITAR TODO,

menos

TU

EDUCACIÓN



Gabriela Fernanda Flores Enciso

Industrias Alimentarias
Beca Permanencia

Tení 3 años cuando, en una reunión familiar, agarré un rompecabezas y lo empecé a armar con mucha facilidad. Mis tíos y primos se quedaron asombrados. Es como si siempre hubiera estado predestinada a ser “la chancona”.

Y es lo que fui durante toda mi etapa escolar. Ocupaba los primeros puestos y empecé a ganar becas de matrícula. Mis papás siempre estuvieron muy felices conmigo por todos los halagos que los profesores hacían de mí, poniéndome como ejemplo frente a mis compañeros. Ver la felicidad de mis padres me motivaba a esforzarme más. No éramos una familia donde sobraba el dinero. Los logros que yo obtenía podían recompensar todo el sacrificio que mis padres hacían, porque yo los he visto “sacarse el ancho” para darnos la mejor educación a mi hermano y a mí.

Siempre he sido competitiva. Siempre he querido conocer más. Clase que me enseñaban, clase que reforzaba. Buscar un datito más por aquí o por allá, no me conformaba con hacer la tarea que asignaban los profesores. Lo sorprendente fue que todo esto no sirvió al momento de postular a la universidad. Fue como un baldazo de agua fría. No ingresé a la primera.

Mis lágrimas pronto se convirtieron en un plan. Me di cuenta de la realidad. No es fácil, ni siquiera para alguien como yo, que siempre había ocupado los primeros puestos, ingresar a una universidad pública. Hice un nuevo plan de estudio para ingresar a la Universidad Nacional Agraria La Molina (UNALM). Me preparé mucho más. Esta vez no iba a dejar ningún detalle sin cubrir.

El día del examen, y de los resultados del mismo, fue una tensa espera junto a mi familia. Estábamos pegados al celular. Hasta que nos enviaron el mensaje de texto de la UNALM, ese bendito mensaje. Nos pusimos felices hasta las lágrimas. Luego me enteré de que, además, había ocupado el primer puesto de Industrias Alimentarias y el séptimo puesto en el cómputo general. Era el primer diploma de mi alma máter, pero no sería el último.

A lo largo de los ciclos me seguía esforzando. La UNALM tiene la particularidad de tener muchas actividades de integración, en las que me encantaba participar, como las interpromos, las gymkanas y los bingos que terminaban en bailetón. A pesar de todo, conocía mis prioridades y objetivos. Por las tardes, la biblioteca de mi universidad era un lugar al que siempre acudía en busca de libros; me apoyaba con mis amigos de clase y hacía todo lo posible para mantener un buen promedio. Así llegué a tener el primer puesto durante toda mi carrera.

En mi segundo año conocí la Beca Permanencia del Pronabec. No estaba segura de si quedaría seleccionada, pero igual me arriesgué y concursé para conseguirla. Cuando la gané hubo un cambio para mi fami-

“Me emociona poder contribuir a la alimentación de miles de personas mediante el desarrollo y la innovación”.

Panel de descriptores

Probar las muestras de bebida simultáneamente.

Probar las muestras y anotar los términos que describen las diferencias entre ellas.

Los términos deben ser descriptivos, no emocionales (por ejemplo, "me gusta" en lugar de "me gusta").

Para cada muestra, probar las muestras según las instrucciones en el panel de descriptores. Después de probar las muestras, anotar los términos que describen las diferencias entre ellas. Puede regresar al panel de descriptores cuando necesite más información.

Muestra	Diferencias



lia. Mis papás ya no tenían que preocuparse tanto por los gastos de la universidad. Me sentí empoderada y orgullosa de poder ser capaz de cubrirlos por ellos.

La beca, además, llegó en uno de los momentos más difíciles para mi familia. Era la época de la pandemia. Pasamos situaciones donde sentí que el corazón se me partía en mil pedazos. Había días que durante clases los problemas me distraían y me ponía a llorar, sin que nadie se diera cuenta, porque tenía la cámara apagada. Hubo incluso momentos en donde quería retirarme del semestre y ya no me importaba nada.

Fue difícil superar esta situación, pero siempre tuve a mis padres junto a mí. Ellos me dieron la fortaleza para no interrumpir mis estudios e incluso para que logre lo imposible: mantener mi cuadro de honor y mi promedio.

¿Qué hizo la beca por mí? No solo ayudó a que mi familia estuviera más tranquila. Al concentrarme en mis estudios, pude postular a un intercambio académico en la Universidad de Buenos Aires. Estaba preparada: había hecho actividades extraacadémicas; fui parte de voluntariados y grupos de investigación; y también llevé cursos especializados y el inglés. Ganar y viajar a Argentina me hizo sentir que podía con todo.

Esta experiencia amplió mi visión. Aprendí no solo cosas académicas, también conocí lugares nuevos y obtuve lecciones personales. Era la primera vez que estaba lejos de mi familia, en la mitad de un país donde no conocía a nadie. Pero valió la pena, porque expandió mis horizontes: hizo crecer mis ganas de conocer más y llegar más lejos.

Al regresar al Perú, inicié mi experiencia laboral en grandes empresas, como Pepsico snacks. Ahí conocí mucho más de mi carrera: sobre qué necesidades hay en la industria de alimentos y la importancia de la cali-

dad. Al momento de contar esta historia, estoy trabajando en International Flavors & Fragrances (IFF), una empresa trasnacional que se dedica al rubro de ingredientes y sabores para alimentos y bebidas. Aquí estoy muy cerca de la innovación en esta industria.

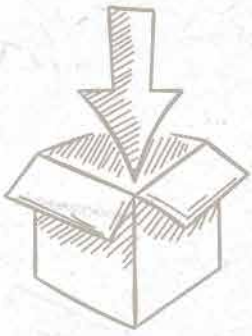
Ya ha pasado un año desde que egresé. He cumplido con mi Compromiso de Servicio al Perú, requerido por el Pronabec; y mientras trabajo, también estoy avanzando con mi tesis. Me emociona poder contribuir a la alimentación de miles de personas mediante el desarrollo y la innovación.

Siento una curiosidad constante por conocer más la parte tecnológica de cada ingrediente, y también los factores que hacen que cambie la experiencia sensorial que tenemos de los alimentos. Por ejemplo, ¿sabían que una melodía puede variar tu percepción del dulzor o amargor en un producto? Imagina aplicar eso al probar prototipos bajos en azúcar. ¡Todo un mundo de nuevas posibilidades!

Sueño con continuar mis estudios en el extranjero, y para ello pienso también en Pronabec y sus becas de posgrado. Luego me gustaría compartir lo que sé y crear un cambio para bien relacionado con mi especialidad.

Quiero cerrar esta parte de la historia de mi vida recordando los momentos más difíciles que he pasado. Porque siento que a otras chicas y chicos como yo les podría pasar lo mismo. Pienso en esos momentos en los que dudamos de nosotros mismos, cuando pensamos que nos hemos equivocado y que no había vuelta atrás. Siempre debemos recordar lo que hemos superado en el camino, y que tienes la capacidad de lograr lo que te propones. Te pueden quitar todo, menos tu educación. Esa es tu arma más poderosa, y nunca dudes de que tu esfuerzo va a dar resultados.

La beca



ME PERMITIÓ

contribuir

CON MI COMUNIDAD



James Elver Llamo Terrones

Ingeniería Industrial

Beca 18

Desde niño soñé con ser ingeniero y con tener mi propia empresa. Ese sueño, que parecía lejano en mi infancia, tomó forma gracias a Beca 18. Esta beca del Pronabec me permitió estudiar Ingeniería Industrial, una carrera holística, con enfoque comercial y con un enorme potencial para crear y transformar. Gracias a esta profesión pude cumplir mi sueño empresarial, generar empleo y acompañar a otros emprendedores a alcanzar sus metas.

Nací en Rioja, San Martín, y gran parte de mi formación escolar fue en Jaén, Cajamarca. Mi interés por los negocios y la ingeniería nació muy temprano. Tenía 9 años cuando, con el apoyo de mis padres, monté mi primer servicio de alquiler de bicicletas para niños. Las alquilaba a 0.50 céntimos por kilómetro o por 15 minutos. Para mi corta edad, ganaba entre 10 y 30 soles diarios, dinero que destinaba a mis útiles escolares y a apoyar en los gastos del hogar.

Aprendí a tratar con clientes, incluso con algunos morosos; también aprendí a hacer mantenimiento a las cuatro bicicletas, y hasta organicé pequeños torneos de velocidad. Ahora que lo recuerdo, me sorprende que no tuviera seguro contra accidentes. Esta experiencia marcó profundamente mi visión del trabajo, del esfuerzo y del servicio.

A los 12 años descubrí otra pasión que ha guiado mi vida: la educación. En la iglesia evangélica donde me congregaba era fundamental leer la Biblia, compartir reflexiones y enseñar a otras familias. Con una Biblia de estudio en mis manos, comencé a interesarme por la historia, los negocios, la física y las matemáticas. Descubrí cómo antiguas civilizaciones superaban adversidades con ingenio humano, y eso despertó en mí el

deseo constante de aprender más. Fue el inicio de una curiosidad que nunca me abandonó.

Como muchos jóvenes, antes de postular a Beca 18 yo tampoco tenía claro cómo iba a costear mis estudios superiores. Consideré trabajar y estudiar al mismo tiempo, aunque sabía que eso dificultaría mi desempeño académico. Todo cambió en mi último año de secundaria, cuando escuché que se abrirían los exámenes para Beca 18. Sin pensarlo dos veces, hice mi propia “vigilia educativa” la noche anterior, repasando mis apuntes hasta la madrugada. Al día siguiente fui a dar el examen con

la convicción de que era mi oportunidad.

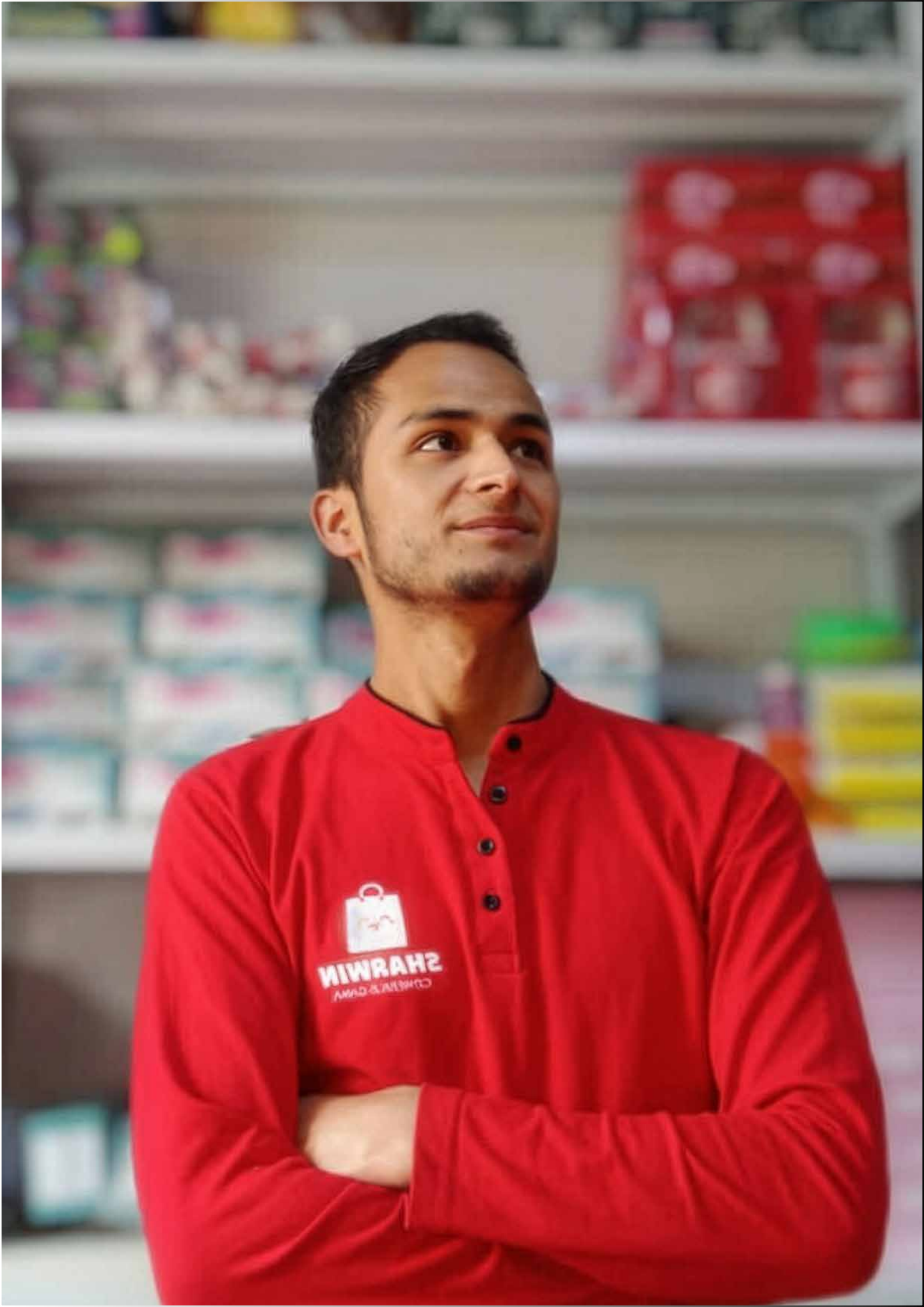
“Gracias a esa formación pude crear sharwinn.com, una empresa que hoy atiende activamente a las 24 regiones del país”.

Cuando fui seleccionado como becario, mi vida dio un giro completo. Beca 18 abrió un abanico de posibilidades que jamás hubiera imaginado. Me permitió conocer nuevos amigos, crear redes de contacto laboral, participar en proyectos importantes y, a los 19 años, ganar fondos por 250 000 soles, algo impensable sin educación.

Gracias a esa formación pude crear sharwinn.com, una empresa que hoy atiende activamente a las 24 regiones del país y que sigue creciendo. Pero más allá de los logros profesionales, la beca me permitió contribuir con mi comunidad y con mi país de una manera real.

Hoy estoy convencido de algo: la educación es la llave que abre puertas, transforma vidas y nos permite construir país. Sin embargo, no siempre está al alcance de todos. Por eso, Beca 18 tiene un valor enorme. Este programa les da una oportunidad real a miles de jóvenes talentosos y de bajos recursos que, de otra manera, quizá nunca pisarían una universidad o no tendrían la posibilidad de generar un impacto significativo en su entorno.

Mi historia es una prueba de ello. Soy lo que soy gracias al esfuerzo, al apoyo de mi familia y a esa oportunidad que cambió mi destino. Y hoy, desde mi trinchera, sigo trabajando para que más jóvenes entiendan que estudiar no solo cambia tu vida, cambia el futuro de todo un país.




MIWRAH2
AMAD & ALIEMCO



Toma una

estrella.

y hazla brillar

en tus manos



Jemuel Levi Zarabia Hurtado

Maestría en Administración de Empresas
Beca de Reciprocidad Perú-China

Mi historia comienza en Chumbibamba, un pequeño pueblo de las montañas de Andahuaylas. Crecí junto a mi abuela, una mujer quechuahablante de infinita sabiduría. Ella me enseñó a mirar la vida con esperanza y fortaleza; y a cultivar los principios del trabajo arduo, la dedicación y la fe. Son los cimientos sobre los que se edificaron mis sueños.

Cuando era pequeño ayudaba a mi familia vendiendo panes, helados, adornos o flores en las calles. Tras varios años después del fallecimiento de mi abuelo, mi madre me mandó a acompañar a mi abuela, quien me enseñó a levantarme a las cuatro de la mañana para hacer los quehaceres del hogar. Luego, caminaba durante una hora, bajo la oscuridad de los Andes, para llegar a la casa de mis padres en Talavera y, de allí, tomar el camino hacia mi colegio en Andahuaylas.

Recuerdo los gélidos amaneceres y el silencio de la oscuridad con las estrellas todavía brillando en el cielo. Aunque sentía temor por los animales que pudieran aparecer de forma inesperada en el camino, mi determinación era más fuerte.

Un día mi abuela me dio la opción de estudiar o trabajar en el campo. Elegí estudiar. Mi abuela me decía: “Estudia con todo tu corazón, porque el estudio es el único camino que te llevará lejos, más allá de las montañas”. Comprendí la verdadera importancia del conocimiento: más que un simple medio para lograr mis propios sueños, era el camino que me permitiría cambiar la vida de mi familia y, algún día, la de mi entorno.

A los 15 años, fui el primer estudiante de mi familia en ingresar a la universidad. Estudié Farmacia y Bioquímica en la Universidad Nacional San

Luis Gonzaga, una carrera que me apasionaba por su potencial para transformar la salud de las personas. A pesar de los retos económicos, siempre me mantuve enfocado. Durante mis vacaciones trabajaba para poder sostenerme, y, gracias al esfuerzo de mi familia, logré mantenerme entre los primeros puestos de mi carrera.

“Estos reconocimientos son el reflejo de los valores que mi abuela sembró en mí. Su legado es la base de todo lo alcanzado y la brújula que orienta mi camino”.

Mi vida dio un giro cuando me mudé a Lima después de graduarme. Durante varios años, trabajé en diversas empresas multinacionales y en instituciones del Estado, siempre con el objetivo de seguir desarrollándome. Al mismo tiempo, en las noches y fines de semana, no dejaba de complementar mis estudios con diplomados, cursos y asistiendo a conferencias y eventos académicos. Además, tenía una sed constante de aprender y dominar el inglés, con la esperanza de abrirme al mundo y aprovechar todas las oportunidades que la vida me ofreciera.

Encontré la oportunidad de estudiar inglés gracias a la Beca Idiomas del Pronabec, y pude continuar mis estudios sin las limitaciones económicas que antes me habían frenado. Esta beca fue un acto de fe en mis capacidades y me permitió seguir persiguiendo mis sueños, esta vez, a nivel internacional.



Gracias al Pronabec, y al apoyo del Gobierno de China, pude realizar una Maestría en Administración de Empresas (MBA) en la Universidad de Chang'an, en China, donde fui premiado por dos años consecutivos (2018 y 2019) como "Excellent International Student" y, finalmente, me gradué con honores y en el primer lugar de mi promoción, siendo reconocido como "Excellent International Graduate 2020". Este logro no solo fue un reflejo de mi esfuerzo personal, sino también un homenaje al sacrificio de mi familia.

Mi tiempo en China fue una experiencia de aprendizaje profundo, que incluyó la integración a una cultura milenaria, representar siempre a mi país y dominar el idioma chino mandarín, un desafío que me abrió nuevas puertas en el ámbito internacional.

Durante la pandemia en el 2020, regresé a Perú y trabajé en el Ministerio de Salud como coordinador regional en Ayacucho, liderando programas para la lucha contra el COVID-19.

En 2023 regresé a China para continuar mi formación académica, y, actualmente, curso el último año del Doctorado en Gestión, Ciencias e Ingeniería en una de las universidades más prestigiosas del país asiático: la Universidad de Shanghái. A lo largo de estos años, he tenido la fortuna de visitar más de ochenta países y manejar con fluidez cinco idiomas, cada uno respaldado por certificaciones internacionales.

Esto ha enriquecido mi perspectiva sobre las culturas, los negocios internacionales y las oportunidades de cooperación global. Mi conocimiento sobre los mercados de Asia, especialmente China, fue la base para fundar mi propia empresa, Yelcorp International SAC, dedicada a establecer alianzas comerciales entre China y Latinoamérica, facili-

tando importaciones, exportaciones y oportunidades de cooperación económica.

He sido parte activa de diversas asociaciones sociales, contribuyendo al bienestar de mi comunidad a través del voluntariado, donaciones y campañas sociales. En 2022, cofundé RIKSIY, una organización sin fines de lucro que implementa iniciativas de promoción de la educación en el extranjero, empoderamiento de la mujer y equidad de género, en las regiones más necesitadas del sur del Perú, como Apurímac, Ayacucho, Huancavelica y Cusco.

Mi impacto en la educación y la cooperación internacional ha sido reconocido con distinciones como “Hijo Ilustre”, “Personaje Honorífico” y “Ciudadano Destacado” por diversas municipalidades de Perú. También recibí el reconocimiento como “Excelente Graduado Internacional” y el “Best Practice Award of SHACMAN Scholarship” en China. Estos reconocimientos son el reflejo de los valores que mi abuela sembró en mí. Su legado es la base de todo lo alcanzado y la brújula que orienta mi camino.

Hoy, al mirar atrás, me siento profundamente agradecido con Dios y con mi familia por cada oportunidad. Mi historia es solo un testimonio de que, con esfuerzo, dedicación y fe, los sueños se pueden alcanzar. Aunque el camino esté lleno de obstáculos, siempre hay una luz que nos guía hacia nuestro destino. La educación es la llave que abre puertas que ni siquiera imaginamos. Creer en uno mismo es el primer paso hacia lo extraordinario. No tengamos miedo de soñar en grande: toma una estrella, hazla tuya y ¡deja que brille en tus manos!

Mi

esfuerzo

es inmedible

para lograr

mis sueños



Jesús Eduardo Luque Colque

Desarrollo de Sistemas de Información

Beca 18

Nací en una comunidad campesina de quechuas y aimaras. Cuando era niño me hacía feliz el cielo azul, el campo verde y mis ovejas que rompían el silencio de un aire puro. En mi adolescencia me di cuenta de que había más: vivía en una zona rural marcada por el aislamiento social y casi todos ahí éramos pobres extremos. También aprendí a escuchar la radio, donde encontré historias que me hacían imaginar otros mundos.

En San Ignacio de Mayapunco, del distrito de Pedro Vilca Apaza, crecimos sin luz eléctrica, sin agua potable ni desagüe. En las noticias salían avisos de ayuda humanitaria para los niños de Puno, y se escuchaba en la radio: “Vayan al parque de Miraflores, dejen alimentos, juguetes, ropas y medicinas”. Nosotros esperábamos que algo de eso llegara, nunca vimos nada.

Uno que otro profesor en la secundaria nos animaba a estudiar. Sabían de nuestra realidad y que las posibilidades de estudiar algo técnico o universitario eran, y son hasta la actualidad, casi un imposible. Recuerdo que mi profesora de Comunicación nos decía que la única forma de salir de la pobreza era el conocimiento: desde ordeñar una vaca obteniendo más leche de la esperada hasta conocer las leyes para defenderte.

“El poder de seguir adelante está en ustedes”, nos decía. En una charla de orientación vocacional nos preguntaban qué queríamos ser. Yo aún recuerdo que dije que me gustaría ser informático; mis compañeros decían enfermero, abogado, ingeniero, profesora. En el fondo de nuestro ser sabíamos que teníamos que responder, pero también sabíamos que era imposible.

En 2016 empezamos a oír un rumor: el Estado daba becas para pobres con buenas calificaciones. Se decían muchas cosas de la beca: “Te pagarán todo: matrícula, pensiones, vivienda y alimentación”; otros decían que todo lo que invertía el Estado lo tenía que recuperar, entonces, nada

“Logré un trabajo remunerado y, después de estabilizarme, recordé y perseguí uno de mis sueños más grandes: ser un gran actor de película”.

es gratis en la vida. Busqué información por mi cuenta sobre Beca 18. Reuní todos los requisitos para postular. Mi madre, mi comunidad, todos incrédulos, solo miraban mi proceso de postulación.

Todo pasó muy rápido. En 2017 gané la beca. Alisté mis cosas y me fui a Tacna para estudiar sin la preocupación de nada. Terminé el primer semestre y sentí la gran necesidad de comunicar a mi población la oportunidad que nos daba el Pronabec. En mis vacaciones del 2018 me encargué de pasar la voz a todos. Les dije que Pronabec nos podía ayudar. Aún había desconfianza; sin embargo, muchos hicieron un esfuerzo y lograron conseguir la beca.

Antes de empezar el último semestre me enrolé en el Ejército, pues mi compromiso con el Perú iba más allá. En 2020 egresé como técnico profesional en desarrollo de Sistemzas de Información. Pronabec me



dio un gran impulso. Logré un trabajo remunerado y, después de estabilizarme, recordé y perseguí uno de mis sueños más grandes: ser un gran actor de película. Ser como esos personajes que escuchaba en las historias de la radio.

Mi participación protagónica en la película Manco Cápac me llevó a alzar el premio más prestigioso del Festival de Cine de Lima PUCP, en la sección de competencia internacional: el premio a Mejor actor. Todavía recuerdo la emoción; recibí la noticia mientras estaba en la frontera con Chile, en la pandemia, en mi labor de militar. Me siento muy honrado y feliz, ya que hoy sigo conservando esa nominación. Mi incursión en el séptimo arte va más allá del set de grabación. Actualmente, estoy trabajando en el desarrollo de mi ópera prima Aypha Ñawy, la historia de dos hermanos que viven en el altiplano puneño. Con esta película busco visibilizar las vivencias y las costumbres de los peruanos más alejados de la capital. El guion ya tuvo muchos reconocimientos y estamos buscando el presupuesto para empezar a filmar.

Estoy muy feliz de mi largo proceso como peruano indígena. Fueron varios actores los que me ayudaron a salir adelante: principalmente el Pronabec, el Ejército del Perú, el Ministerio de Cultura, mi madre y mi esfuerzo inmedible para lograr mis sueños. Sueños que aún están vigentes y otros que van naciendo conforme a mis posibilidades.

El próximo año empezaré a llevar estudios universitarios en Administración de Gestión Pública. La elección de esta carrera es por mi vocación como servidor público, para trabajar como lo hicieron por mí desde el Pronabec. Y también espero poder seguir contando historias, que pueda finalmente realizar mi película. Mi historia es como película también: sobre la beca que cambió la vida de un campesino quechuahablante.



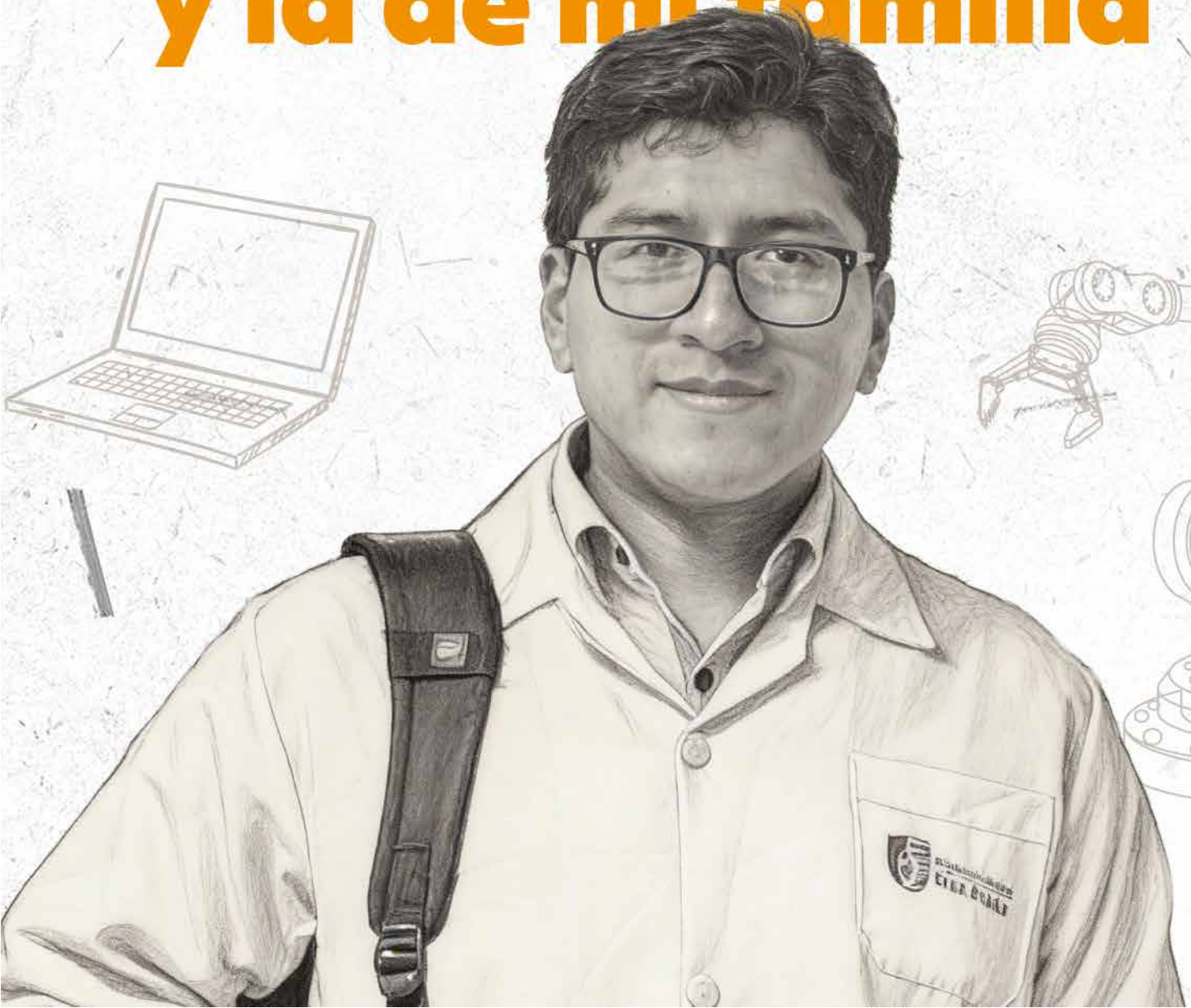
BECA 18



TRANSFORMÓ

• *mi vida* •

y la de mi familia



Joel Layme Ari

Ingeniería Electrónica y de Telecomunicaciones

Beca 18

Tengo 25 años y recuerdo tres momentos que marcaron mi historia. Cuando lavaba carros para ayudar a mi familia, cuando una maestra de primaria me ayudó a volver a confiar en mí y cuando gané la Beca 18 del Pronabec. Este último suceso superó todo lo que alguna vez pensé que podía alcanzar. Lo hice motivado con honrar la memoria de mi hermano Percy, quien confió en mí y me animó a estudiar.

Nací en el 2000, en una familia arequipeña humilde, llena de aprendizajes y compuesta por mis tres hermanos y mi madre, Felicitas Ari. Mis primeros recuerdos son cuando tenía 6 años y acompañaba a mi madre al Parque Los Coritos a lavar carros. Con el paso del tiempo, también vendía choclo, pan, me convertí en ayudante de albañil de mi papá y ayudante de cocina en un restaurante turístico. La lista de trabajos que tuve es larga, pero cada uno de ellos me enseñó humildad y me permitió valorar profundamente cada sacrificio.

Mi etapa escolar también tuvo sus propios retos. Siendo pequeño sentía inseguridad de mis capacidades. Pero todo cambió cuando conocí a mi profesora María Gamero, quien se convirtió en una luz en mi camino y logró que vuelva a confiar en mí mismo. En secundaria, el auxiliar Augusto Coa fue mi guía, maestro y amigo. Me inculcó disciplina, me motivó a practicar básquet y me enseñó a ser más responsable. Gracias a su apoyo, destacué académicamente y fui alcalde escolar.

Cuando estaba próximo a egresar del colegio, me aconsejaron ahorrar para reforzar mis conocimientos en una academia y poder ingresar a la universidad. Fue ahí cuando conocí la Beca 18 del Pronabec, una oportu-

tunidad que me permitió soñar más. Mi hermano Percy me animó a postular a la beca porque creía en mi talento. Lamentablemente, él falleció ese mismo año, un gran dolor que aún guardo en el corazón, pero también se convirtió en una nueva motivación: estudiar significaba honrar su memoria.

“Desarrollo proyectos innovadores, aplico tecnología, electrónica, automatización y diseño, con el firme propósito de aportar al desarrollo de mi región”.

concentrarme en aprender sin tener que trabajar. Así avancé en mi camino de aprendizajes, entre laboratorios, proyectos, cursos exigentes y noches de estudio.

Mi preparación para ingresar a la universidad y ganar la beca fue intensa. Cuando vi mi nombre en la lista de seleccionados de Beca 18 sentí que la vida me estaba diciendo que todo mi esfuerzo y el de mi familia habían valido la pena. Mi mamá lloró conmigo ese día y yo supe que mi historia iniciaba una vez más, ahora en la ruta académica.

La universidad fue un mundo nuevo lleno de retos y aprendizajes. Comencé a estudiar Ingeniería Electrónica y, aunque al principio sentí miedo, pronto descubrí que era un campo apasionante. Beca 18 no solo me pagó una carrera, sino me dio la libertad de



También viví experiencias que ampliaron mis horizontes. Participé en un intercambio académico virtual en la Universidad de Colima (México) en 2022, y al año siguiente realicé un intercambio presencial en el Tecnológico Nacional de México (TecNM) de Hidalgo. Además, tuve la oportunidad de participar en una expedición cultural en Alemania, organizada por el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD).

Mientras estudiaba, me involucré en proyectos de investigación y realicé, junto con mi asesor de tesis, Denis Barrios, mi trabajo “Instrumentación, prueba y medición de un medidor de tensión para implementar un sensor de torsión de articulación robótico”, que fue publicado en el Latin American Robotics Symposium (LARS), un congreso de alto nivel organizado por el Instituto de Ingenieros Eléctricos y Electrónicos (IEEE) en América Latina. También desarrollé prototipos con impresión 3D para soluciones prácticas que mezclan electrónica, robótica y creatividad. Estas experiencias reforzaron mi convicción de que la ingeniería es una herramienta de cambio global para innovar, transformar y servir.

Ahora soy un ingeniero y me desempeño como becario en el área de Tecnología e Innovación Minera de la Sociedad Minera Cerro Verde, en la que desarrollo proyectos innovadores, aplico tecnología, electrónica, automatización y diseño, con el firme propósito de aportar al desarrollo de mi región. Cada día que voy a la faena y veo la maquinaria, me acuerdo de mis comienzos. Me siento orgulloso del camino recorrido y agradecido por cada paso, incluso por los más duros.

Creo firmemente que este tipo de programas, como el Pronabec, cambian al país. Beca 18 transformó mi vida y la de mi familia al permitirme soñar con posibilidades que ahora son realidad. Gracias a la beca rompí barreras, pude tener una carrera profesional con sentido, pero, además,

gané esperanza y la convicción de que el esfuerzo trae recompensas. Hoy sigo soñando. Quiero estudiar una maestría para especializarme en tecnología minera, desarrollar proyectos de innovación y ser un ejemplo para quienes sienten que sus condiciones de vida los limitan. Mi historia empezó en distintos momentos y hoy continúa en aulas, laboratorios, minas y proyectos que jamás pensé alcanzar. Y todo lo que me falta recorrer me motiva a seguir avanzando.



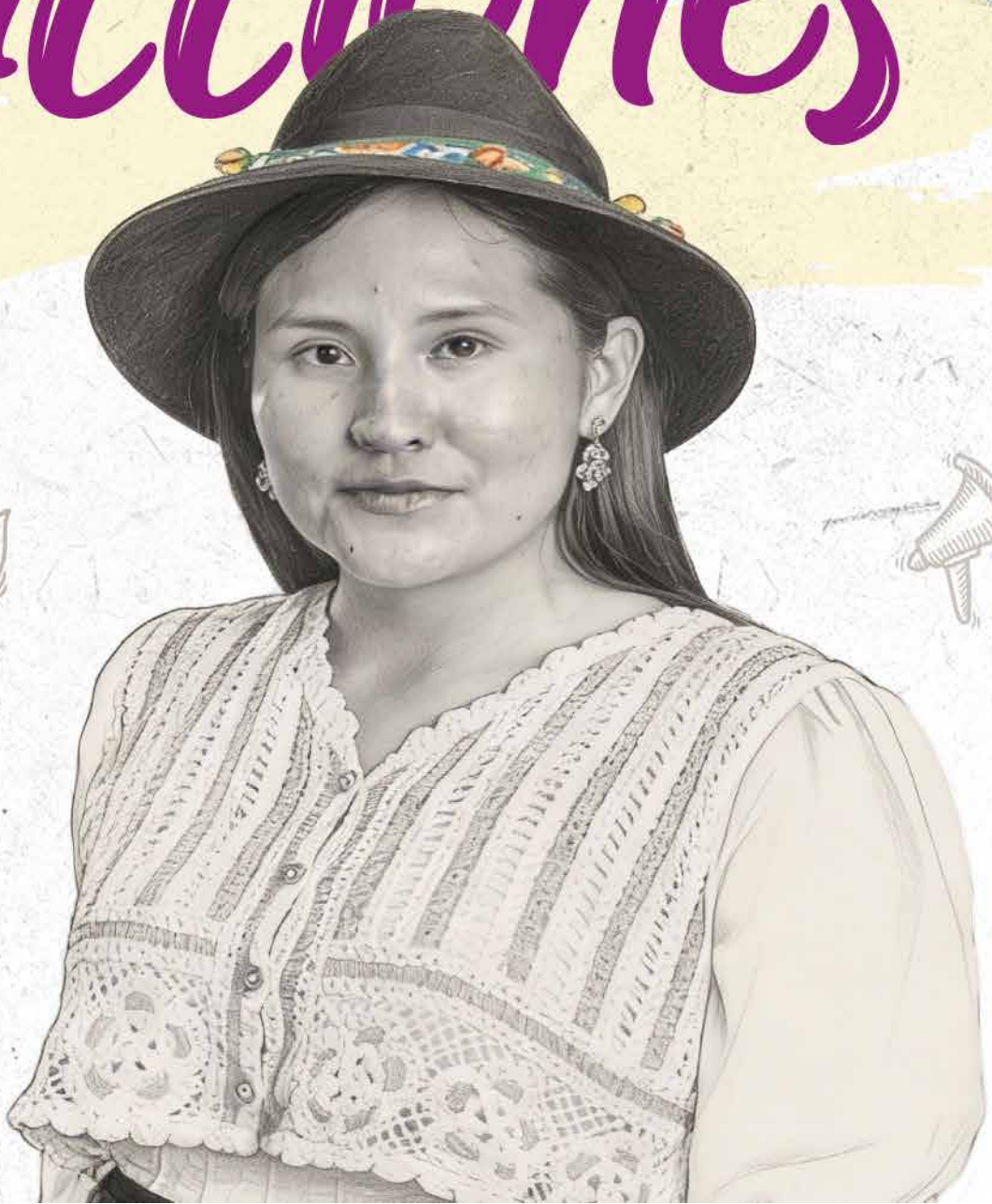
El éxito



no depende del tiempo,

sino de las

acciones



Marleni Paniura Valverde

Electrotecnia Industrial

Beca 18

Mi madre relata que no nací en una posta médica. Nací mediante parto natural en mi comunidad, José Carlos Mariátegui, en Apurímac. Según ella, desde siempre me comporté con una madurez inusual para mi edad. Soy la tercera de cinco hermanos y mis primeros recuerdos me transportan al campo, apoyando en la ganadería y la agricultura. Mis primeros maestros fueron mis padres; gracias a ellos conocí las letras y los números. Más adelante, solía correr a mi escuela multigrado como alumna libre, pues mi corta edad aún no me permitía matricularme formalmente en primer grado.

Mis padres nos inculcaron el valor del estudio y la integridad. Resaltaba en mis primeros años escolares; sin embargo, al mudarme al distrito Curahuasi, para cursar el quinto de primaria, me enfrenté a una realidad académica mucho más exigente, y a la crueldad de las burlas por mis raíces. En esa etapa, veía a mis padres con menos frecuencia, ya que nos separaba un día de viaje a caballo; no había carreteras, cobertura telefónica ni electricidad, una realidad que aún no ha cambiado.

Mi hermano mayor, quien ya asistía al colegio, se convirtió en mi refugio, pilar y referente. Él me enseñó a defenderme, a persistir frente a la frustración de lo que no comprendía y a valorar el trabajo para alcanzar la independencia. Juntos desempeñamos diversos oficios. Recuerdo épocas en las que trabajaba una jornada completa por 2 o 5 soles. Con el tiempo, nuestros caminos se separaron cuando él migró para continuar sus estudios.

Nos reencontramos cuando yo cursaba los últimos años de secundaria. Él, con temor, pero decidido, estaba abriendo su propio taller y yo me

convertí en su primera ayudante. Aunque no tenía total claridad sobre mi futuro, sí tenía la decisión de estudiar.

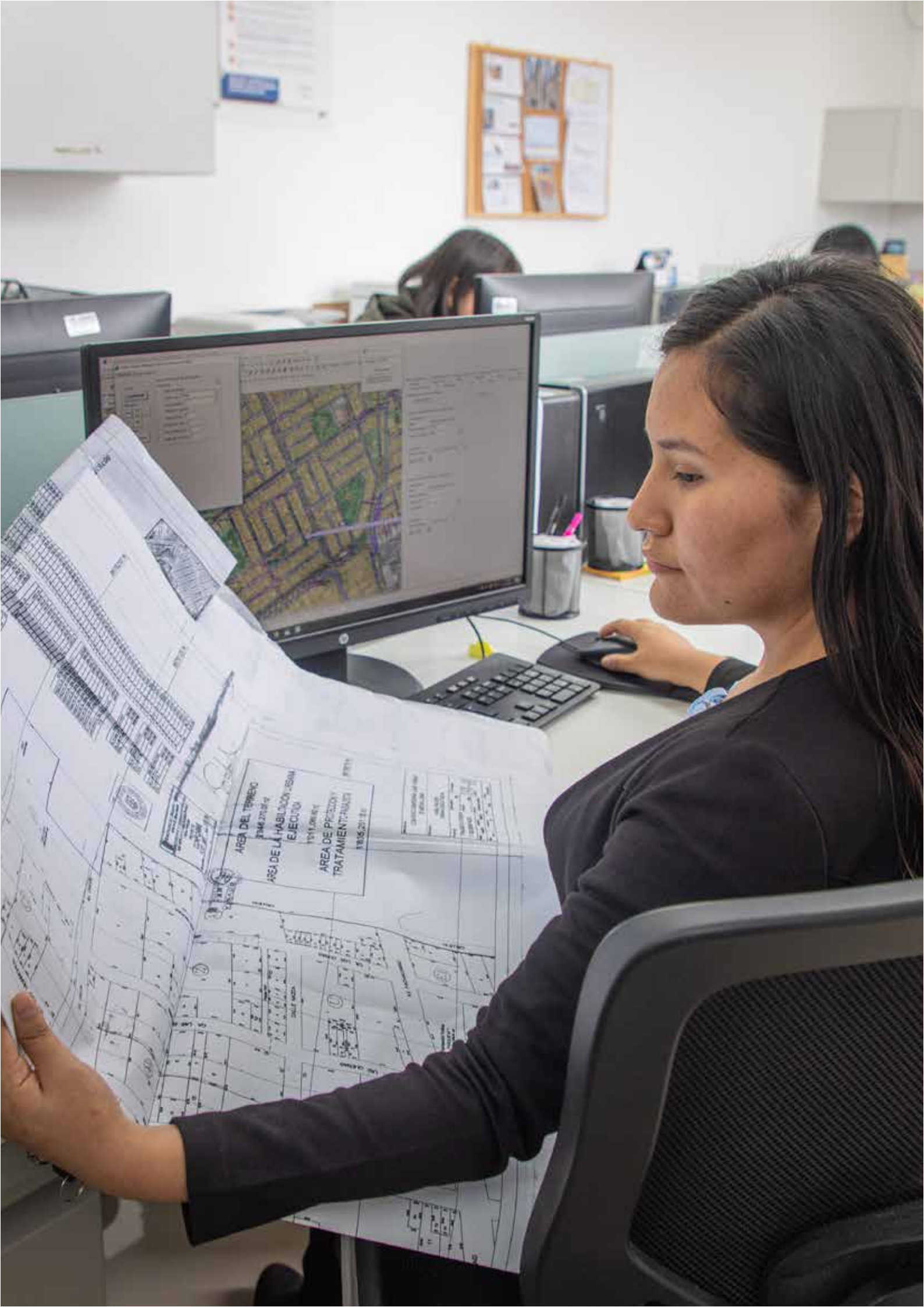
Mi vida dio un giro completo al conocer la Beca 18. Tras verificar los requisitos y postular, logré ingresar a tres opciones, entre ellas Tecsup, para la carrera de Electrotecnia. Recuerdo viajar a Lima acompañada de mi padre, pues aún era menor de edad.

“Frente al fenómeno de la migración masiva por falta de oportunidades, Niuver surge para transformar el potencial de nuestro distrito y región”.

En mi primer día de clases, noté que era la única mujer de mi grupo, y en toda la carrera solo éramos 3 chicas. Mi timidez y dificultades de socialización hicieron que el aclamamiento fuera difícil al principio; no obstante, con el tiempo y gracias a las actividades académicas grupales, logramos forjar una amistad, pues ellos también estaban lejos de casa, y pasábamos noches enteras entre la pizarra y el café resolviendo ejercicios de cálculo.

Al egresar, tuve la oportunidad de trabajar en grandes empresas en Lima y Apurímac, desempeñándome como técnica y también en roles de mayor responsabilidad. A mis 27 años, comprendo que las

habilidades forjadas en mi infancia, mis estudios y el trabajo moldearon mi capacidad de adaptación. Sin embargo, mi mayor logro ha sido interno: he dejado de lado la presión de la autoexigencia y la mirada ajena para reconocermé y valorar mi proceso de construcción personal.



Mis padres pusieron los cimientos con un sacrificio inmenso. Hoy sigo creciendo por decisión propia, convencida de que la perseverancia es mi motor y de que el éxito no depende del tiempo, sino de las acciones. Priorizo mi salud y mi familia. Miro a la sociedad con ojos empáticos, aun sabiendo que no puedo resolver todos los problemas sociales, pero elijo aportar o ayudar desde mis posibilidades.

Hoy soy una emprendedora. Es un camino de aprendizaje interminable donde se pone a prueba el temple, la disciplina y los conocimientos. Es iniciar sin ganancias, con deudas y tocando puertas que no siempre se abren; es un esfuerzo físico y mental para asumir múltiples roles. Es equivocarse, analizar y seguir. Es un camino fascinante si se tiene la paciencia para comprenderlo.

Hace poco más de dos años NIUVER PERÚ abrió sus puertas. Este sueño comenzó cuando ejercía la docencia en un colegio público. Tuve contacto directo con realidades de carencia económica, alcoholismo, familias fracturadas y niños asumiendo roles de adultos, que también fueron mi entorno social. Entendí que somos una sociedad repitiendo patrones y que la única forma de romper ese ciclo es a través de la educación, pero no necesariamente la tradicional.

Frente al fenómeno de la migración masiva por falta de oportunidades, Niuver surge para transformar el potencial de nuestro distrito y región. Aplicamos una metodología donde la técnica se fusiona intrínsecamente con el soporte psicosocial y la responsabilidad ambiental. No solo buscamos la superación económica mediante oficios de rápida inserción; nos enfocamos en el desarrollo integral de la persona, desmantelando barreras mentales y sociales. Nuestra misión es formar individuos

capaces de liderar emprendimientos con conciencia, con la capacidad de crear y construir industria.

En Niuver pueden estudiar todas las personas, incluso las que no pudieron acceder a la educación básica, trabajadores independientes, madres, emprendedores, y adultos mayores. No buscamos que ellas y ellos solo estén preparados para un empleo, sino también para iniciar sus propios negocios. Se trata de superación económica real.

Con los niños de 7 años en adelante desarrollamos especialidades que fomentan el pensamiento complejo, la resolución de problemas y el talento emocional y psicomotriz. Integramos conceptos de comunicación y matemáticas en proyectos productivos reales.

Los inicios de Niuver fueron complicados. Más allá de lo educativo, hacíamos servicios técnicos y trabajaba de manera externa para ayudar a sostener la empresa. Actualmente, ya me dedico de manera completa; me especialicé en emprendimiento, y realizamos asesoría y proyectos educativos. Este camino nos ha llevado a dictar cursos a docentes de manera regional y a ser galardonados a nivel nacional por la Secretaría Nacional de la Juventud y por el Ministerio de Educación, lo que valida nuestro modelo educativo.

Continúo en este camino feliz y agradecida con Dios, con mi familia, amigos y con las personas que fueron parte de mi crecimiento personal y empresarial. Niuver sigue evolucionando, un sueño que dejó de ser individual y hoy es colectivo. El sueño de empoderar a las personas, desde la niñez hasta la adultez, impulsando industrias locales sostenibles. Llevo un pedazo de todas esas historias en mi corazón.



Amar



EL ESTUDIO

como un acto de

esperanza



Karen Eche Rumiche

Psicología
Beca 18

Santa Clara es un pequeño pueblo del bajo Piura donde el viento arrastra arena y sueños, y donde la vida transcurre entre el trabajo de la tierra y las esperanzas que uno guarda en silencio. Ese fue mi lugar de nacimiento y en el que crecí con una gran pasión por aprender cosas nuevas, pero también con el miedo de no lograr algo más grande. Lo imposible.

Pese a que, desde muy pequeña, encontré en la educación un refugio perfecto, mis primeros años escolares no fueron fáciles. No lograba alcanzar las competencias que se esperaban y algunas personas me decían, sin mucho cuidado, que yo “no era buena para el estudio”. Y empecé a creerlo.

Hasta que llegó una docente que cambió mi vida. Ella nos hablaba con cariño, nos animaba cuando nos equivocábamos y nos repetía que todos podíamos mejorar si no nos rendíamos. Gracias a su guía, todo el salón niveló sus aprendizajes, mientras que yo aprendí a amar el estudio como un acto de dignidad y de esperanza. Desde ese año, comencé a destacar académicamente y, aunque son muchas las personas que me impulsaron en el camino, siempre llevaré conmigo sus palabras, así como las de cada maestro que creyó en mí, y, por supuesto, las de mis padres.

A pesar de mi amor por el estudio, no soñaba más allá de la secundaria. Estudiar una carrera, ser profesional eran sueños que anhelaba, pero los escondía para no sentir la desilusión de no poder alcanzarlos. Un día, escuché por primera vez sobre Beca 18 y me pregunté: “¿Qué tengo yo de especial para ganar una beca?” Pensé que era imposible, pero, aun así, una pequeña chispa de esperanza se encendió en mí.

Mis padres, con su amor sencillo y constante, siempre alimentaron esa meta. Ellos soñaban por mí. El día del examen de admisión a la universidad mi mamá despertó muy temprano para preparar mi uniforme como si fuera una gala especial; mi papá me daba consejos para no ponerme nerviosa. Sus ojos brillaban como si pudieran ver el futuro antes que yo.

“Queríamos reducir las brechas en salud mental y llevar orientación, apoyo y esperanza a los lugares más alejados del Perú”.

Logré ingresar. Recuerdo regresar a casa y encontrar mi comida favorita servida en la mesa. Entonces, con el corazón latiendo fuerte, les conté la noticia, pero también el giro inesperado: había decidido estudiar en Lima.

Vi en sus rostros una mezcla de alegría por el futuro que se abría para mí, miedo porque debía volar lejos, tristeza por separarnos e ilusión porque aprendería cosas nuevas. Nunca supe exactamente cómo lo tomaron; lo que sí sé es que nunca dejaron de acompañarme, cada uno desde su manera de amar. Mi mamá cuidaba de mí a la distancia; mi papá me acompañó en cada paso que pudo.

Aún recuerdo mi primer día en la universidad. Mis padres y yo confundimos la hora y corrimos por la larga entrada pensando que llegaríamos



tarde. Al final, no lo estábamos, y nos reímos como niños. Después, miré alrededor y vi que casi nadie estaba con sus papás. Pensé que tal vez no era común en la universidad, que podía verse “anticuado”, pero en ese momento comprendí que tenía un tesoro: el apoyo incondicional de ellos en un mundo completamente nuevo.

Venir de un pueblo del norte y migrar a Lima fue un cambio radical: en la infraestructura, en la cultura, en las ideas. Cada retorno a mi pueblo me hacía más consciente de algo: así como yo había crecido escondiendo mis sueños por falta de esperanza, muchos jóvenes viven lo mismo. ¿Cómo pensar en un futuro cuando ni siquiera hay certeza de cómo sobrevivir cada día? También noté otra diferencia dolorosa: en Lima la salud mental avanzaba como tema de conversación, pero en mi comunidad seguía siendo un lujo. “¿Quién tiene tiempo para preocuparse por su salud mental si primero necesita comer?”, escuché alguna vez. Y era cierto.

Sentí que debía hacer algo, como había escuchado repetidas veces, “cada quien aporta desde donde ha sido formado”. Así nació AmpliaMente, una organización juvenil que fundé junto con compañeros de la universidad. Queríamos reducir las brechas en salud mental y llevar orientación, apoyo y esperanza a los lugares más alejados del Perú.

Sabíamos que no podíamos resolver todos los problemas del país, pero sí podíamos empezar por algo que dominábamos: acompañar, educar, sembrar esperanza. En este sueño se sumó GFC, la organización que creyó en nosotros y no solo nos apoyó financieramente, sino que también encendió la chispa de la posibilidad. Hoy, AmpliaMente sigue creciendo, llegando a zonas rurales, formando jóvenes líderes, construyendo espacios seguros. Sé que nadie apagará esta chispa.

Cuando miro atrás, entiendo que nada de esto habría sido posible sin el Pronabec, que me dio alas. Beca 18 no solo financió mis estudios: transformó mi vida, mi mirada, mi destino. Encendió esperanza donde antes había incertidumbre. Me permitió ver la vida no como un desierto árido, sino como una tierra donde los sueños pueden florecer si reciben un poco de luz.

Esa es, considero, su magia: iluminar caminos que parecían apagados y demostrar que los jóvenes de los pueblos, de los rincones del Perú profundo, sí podemos soñar y construir un futuro. Hoy sigo caminando con la convicción de que la educación cambia vidas, y que cada paso que doy es también un agradecimiento a la oportunidad que me fue dada.

Yo soy una prueba de que, incluso en la tierra más seca, como Santa Clara, la esperanza puede echar raíces. Y mientras exista un joven que necesite creer en sí mismo, seguiré trabajando porque, así como me enseñó la vida, quiero que descubra que siempre podemos florecer.

MI RAZÓN

**FUE INMENSA
Y DEFINITIVA:**

Mi País



Karla Pamela Córdova Morales

Maestría en Geología Ambiental
Beca Generación del Bicentenario

Mi infancia transcurrió feliz junto a mis padres, arraigada en un pequeño y generoso pueblo atravesado por la red vial nacional que conecta los núcleos urbanos del Callejón de Huaylas, en Áncash. Allí se tejieron los recuerdos más preciados de mi vida.

A solo cinco kilómetros al sur de la ciudad de Huaraz se ubica Toclla, un lugar donde mis raíces familiares se entrelazan con historias de gran esfuerzo y lucha. Mis familiares y vecinos mantienen viva la tradición de procesar el trigo artesanalmente para abastecer del famoso “mote pelado” a los más grandes y exigentes mercados de la capital, una labor que se realiza de forma artesanal utilizando el agua del caudaloso río Santa.

Mi primera década en Toclla fue un aprendizaje que enriqueció profundamente mi sensibilidad. Allí, la vida nos enseñó lo que significa enfrentar retos diarios debido a la falta de servicios básicos. El agua potable llegaba solo por horas, y los cortes de luz a veces nos dejaban a oscuras, complicando, en algunas ocasiones, la realización de mis tareas escolares.

A esta realidad se sumaba la ausencia total de desagüe y el servicio de recojo de basura, evidencias de las grandes brechas que hay en muchos centros poblados de varias provincias del país. Moverse desde Toclla era otro reto cotidiano. Recuerdo que, con solo 7 u 8 años, abordar una combi se convertía en una pequeña batalla; los conductores, con frecuencia, daban preferencia a los adultos, ignorando a los escolares.

Sin embargo, este mismo entorno de Toclla me ofreció una riqueza invaluable: la conexión profunda con el quechua. Este no era solo un idioma, sino el medio de comunicación común y esencial entre mis vecinos, lo que forjó en mí una identidad para comprender la visión andina y una sensibilidad que valoro inmensamente.

“A mi retorno, me recibió con dos grandes oportunidades: la de ser una orgullosa servidora pública y la de convertirme en expedicionaria del Perú a la Antártida”.

Crece entre el caudal del río Santa y la inmensidad de las Cordilleras Blanca y Negra sembró la primera semilla de mi vocación. Sin darme cuenta, ya me hacía las mismas preguntas que posteriormente abordaría como estudiante de Ingeniería Ambiental: ¿cómo gestionar y asegurar el uso sostenible de estos recursos para el bienestar de mi sociedad y el desarrollo de su economía?, ¿cómo protegerlos?

Mis años de secundaria fueron un tiempo de descubrimiento y disciplina. Las asignaturas de Química, Biología y Matemática me fascinaron. Despertaron una verdadera pasión que se reflejó en mi constante permanencia en el cuadro de méritos, siempre entre los primeros puestos de mi sección. Paralelamente, cultivé otros intereses como el periodismo escolar y la declamación de los poemas de Vallejo, aquellos que evocan a los golpes de la vida o la intensidad de *Los dados eternos*.



Ingresé a la Universidad Nacional Santiago Antúnez de Mayolo ocupando el primer lugar en Ingeniería Ambiental, impulsada por ser la primera ingeniera de mi familia. Mi disciplina me llevó a liderar el récord académico de la facultad y a graduarme en 2015, mientras estaba en el quinto superior de mi promoción.

En ese año, aproveché el primer concurso del recién inaugurado Instituto Nacional de Investigación en Glaciares y Ecosistemas de Montaña para investigar microcontaminantes, específicamente compuestos orgánicos persistentes (COP) en áreas glaciares como el Pastoruri. Este trabajo de tesis me permitió estudiar hielo y sedimentos, y fortaleció mi meta a largo plazo: contrastar la realidad de los glaciares tropicales con los antárticos.

Años más tarde, consolidé mis conocimientos en gestión ambiental en el Ministerio del Ambiente, participando en la planificación de áreas que históricamente han recibido alta presión ambiental en el Perú. Mi trabajo se centró en la planificación para la recuperación de áreas críticas, desde el lago Chinchaycocha (Pasco-Junín) y la cuenca transfronteriza Puyango–Tumbes, hasta la bahía El Ferrol en Chimbote y el lago Titicaca en Puno. Esta experiencia me permitió abordar los desafíos ambientales más urgentes del Estado y la necesidad de mejorar su calidad ambiental.

Durante la pandemia, canalicé mis sueños postulando a la Beca Presidente de la República, hoy denominada la Beca Generación del Bicentenario del Pronabec, con la meta clara de servir mejor a mi país. El resultado me llevó a emprender uno de los viajes más emocionantes desde Huaraz: mi posgrado en Geología Ambiental en la Universidad Complutense de Madrid. Este logro fue motivo de orgullo familiar, pero también el inicio de una extenuante carrera enfocada en conseguir mi objetivo profesional.

La adaptación en Madrid fue un reto enorme; la responsabilidad de representar a mi país me exigió más de lo imaginado. Sin embargo, mi esfuerzo dio frutos: a finales de 2022 obtuve el máster con calificación de notable. Si bien quedarse en el extranjero por un 'mejor futuro' es el sueño de muchos, mi razón fue inmensa y definitiva: mi país. Ni las ventajas de una sociedad con menor criminalidad ni sus servicios sanitarios me hicieron considerar quedarme. Mi misión me esperaba de vuelta en Perú.

Sí, ese país que me abrió las puertas del mundo al creer en el potencial de su gente. Ese país que, a pesar de sus circunstancias, invierte en la educación de jóvenes soñadores, ese país que me otorgó la beca del Pronabec. Ese es el Perú que hoy más que nunca requiere del talento de su gente. A mi retorno, me recibió con dos grandes oportunidades: la de ser una orgullosa servidora pública y la de convertirme en expedicionaria del Perú a la Antártida.

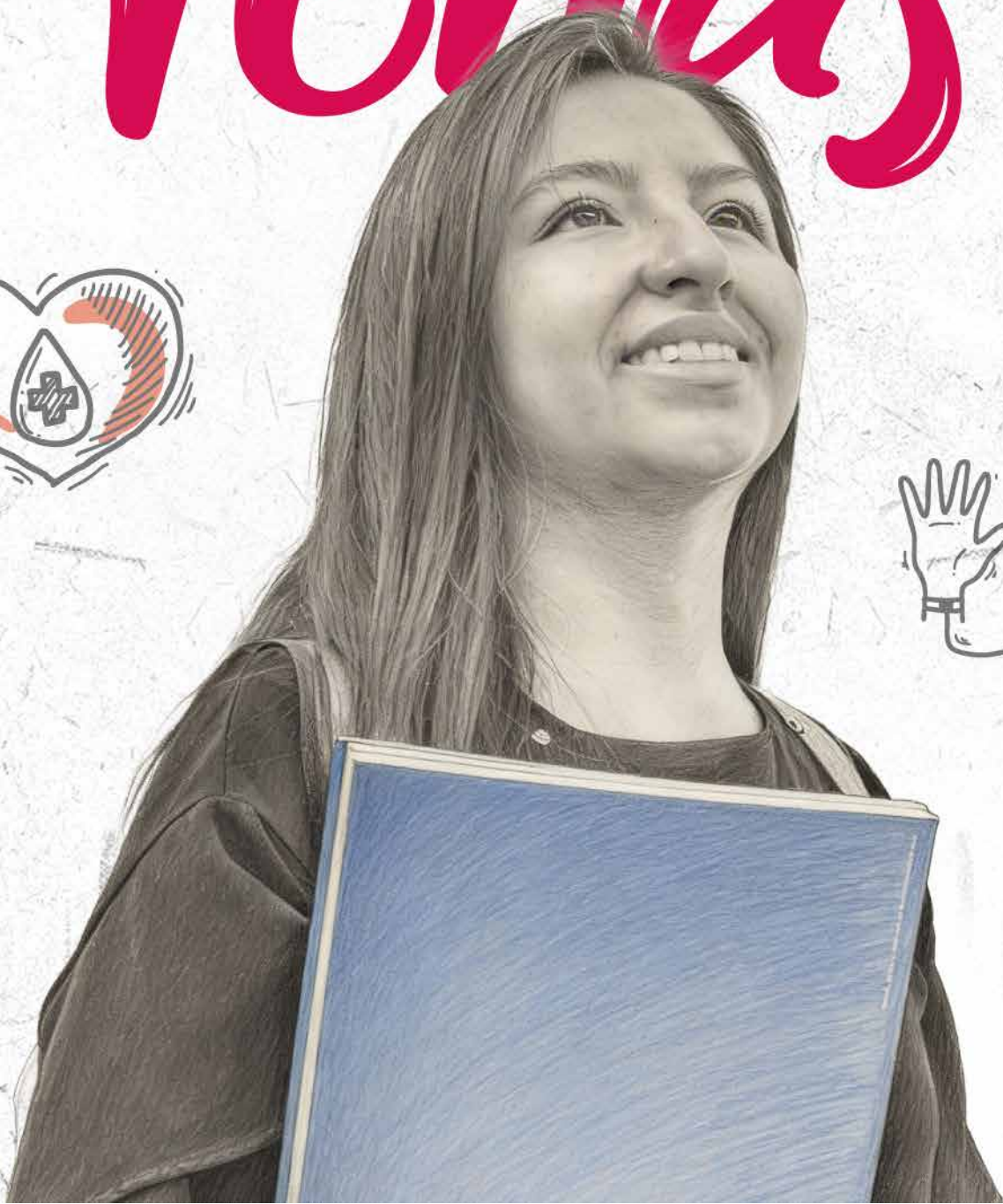
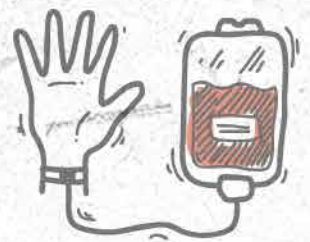
Actualmente, me desempeño como Especialista Ambiental en la Dirección de Asuntos Antárticos del Ministerio de Relaciones Exteriores. En el cumplimiento de mis funciones, he sido coordinadora de la trigésima expedición peruana a la Antártida (ANTAR 30) y delegada nacional en espacios clave del Sistema del Tratado Antártico. Esto incluye la Reunión Consultiva del Tratado en India (2024), las reuniones del SCAR en Chile y la RAPAL en Brasil, asegurando así el cumplimiento de los compromisos ambientales internacionales del Perú en el marco de dicho tratado.

Con estas líneas, busco animar a otros jóvenes a perseverar en su misión nacional. Que mi experiencia sirva de aliento para que, unidos, logremos construir un futuro sostenible, responsable y respetuoso que nuestro país y su gente merecen.

UN HÉROE

corre por tus

Venas



Kelly Alejandra Baca Guevara

Medicina Humana
Beca Continuidad

Descubrí mi meta de vida entre los pasillos de los hospitales. Yo era una niña que, mientras esperaba mi turno para ser atendida, veía ir y venir a pacientes y médicos. Para divertirme empecé a jugar con mi abuelita Susanita: yo era la doctora y la curaba. En realidad, yo tenía una enfermedad, pero ella me dejaba imaginar todo lo contrario. Así, en mi natal Cusco, inició mi sueño de ayudar a los demás.

Mi mamá Ricardina también fue clave en mi camino. Ella me dijo que los sueños no tienen límites y que estudiar era una de las herramientas más importantes para lograrlos. Desde mi ingreso al nivel inicial, con toda la gran motivación de mi familia y el estilo de enseñanza de mis maestras, iba aprendiendo cada día a sumar, restar y dividir; pero, también, lo más importante: el respeto y amor hacia el prójimo. Así empecé a participar de diferentes actividades de colaboración.

Estas experiencias me permitieron saber qué carrera deseaba estudiar al culminar el colegio: Medicina Humana. Logré ingresar a la Universidad Andina del Cusco, y en esta etapa universitaria supe sobre la Beca Permanencia del Pronabec, una oportunidad para culminar mis estudios profesionales. La beca impulsó mi talento y me brindó herramientas para mi salud mental y mi economía. Supe que todo esto me ayudaría a cumplir con mis proyectos.

Y entonces era el momento de cumplir ese sueño que nunca se alejó de mi vista. Recordé a esa Kelly pequeña que pasaba horas en el hospital con sus papás, quienes solo buscaban respuestas ante la enfermedad que me aquejaba, mientras yo miraba carteles que decían: “Debe unidades de sangre”.

Así, formé el club de donación de sangre *Un héroe corre por tus venas*, y lo presenté ante la Asociación Científica de Estudiantes de Medicina Humana de mi universidad (ACIEMH ANDINA), grupo encargado de la investigación, educación, prevención y promoción de la salud. Mi proyecto fue aceptado y así me convertí en integrante de la asociación.

Ahora el club es parte del Comité Permanente de Atención Primaria en Salud de la ACIEMH ANDINA.

“Nos dimos cuenta de que informando y educando a la población podíamos aumentar el número de donantes, y así salvar más vidas”.

Iniciamos educando sobre la importancia de la donación de sangre, de ser donante voluntario y de realizar esta acción de forma reiterativa. Todo ello de la mano de las coordinaciones administrativas y de los jefes de cada banco de sangre de mi región. También realizamos campañas de donación de sangre voluntaria y creamos un evento al que llamamos Donafest ACIEMH ANDINA, a través del cual buscamos recaudar unidades de sangre de calidad para todos.

Para quienes no cumplían con los requisitos para ser donantes, había otra forma de colaborar. Ellos participaban de la promoción y difusión de la campaña, porque nos dimos cuenta de que informando y educando a la población podíamos aumentar el número de donantes, y así salvar más vidas y brindar tranquilidad a más familias.



Hoy recuerdo con mucha emoción la frase que siempre me decía mi mamá: el estudio te abre muchas puertas. Y es cierto. Gracias a ser acreedora de la beca e impulsar mi proyecto de la donación de sangre, he podido compartir con personas de diversas regiones la importancia de ser donante voluntario, y así he demostrado que unidos somos más fuertes. Con todo ello, culminé mi carrera con la presentación de mi tesis aprobada, en la que obtuve nota sobresaliente.

Actualmente soy médica cirujana y estoy realizando mi Servicio Rural y Urbano Marginal de Salud (SERUMS) en el centro poblado Itahuania, de la provincia del Manu, en la región Madre de Dios. Día a día es un reto más como profesional, pues pongo en práctica cada una de las enseñanzas aprendidas de mis maestros.

La evidencia me muestra que lo más importante es la educación en prevención y promoción para evitar las enfermedades. También me doy cuenta, en lo cotidiano, sobre la necesidad de atender cada una de ellas, a pesar de las condiciones que enfrentamos, como días sin luz, sin agua, sin transporte y, a veces, con la incertidumbre por la crecida de los ríos.

Pese a ello, trabajar en Itahuania me llena de calidez. No solo por el gran sol que nos acompaña en estas tierras, sino también por tantas historias de emprendedores y jóvenes, niñas y niños con sueños. Me siento muy feliz y agradecida de ser yo, con mi historia, la evidencia de que cada una de las becas del Pronabec sigue llegando a los lugares más alejados, como esta comunidad.

Sé que en cada uno de los peruanos hay mucho talento. Si logramos impulsar este talento, como se hace con las becas que otorga el Estado peruano, podemos llegar a realizar el cambio de vida que estamos esperando para nosotros, para nuestras familias y para la sociedad.

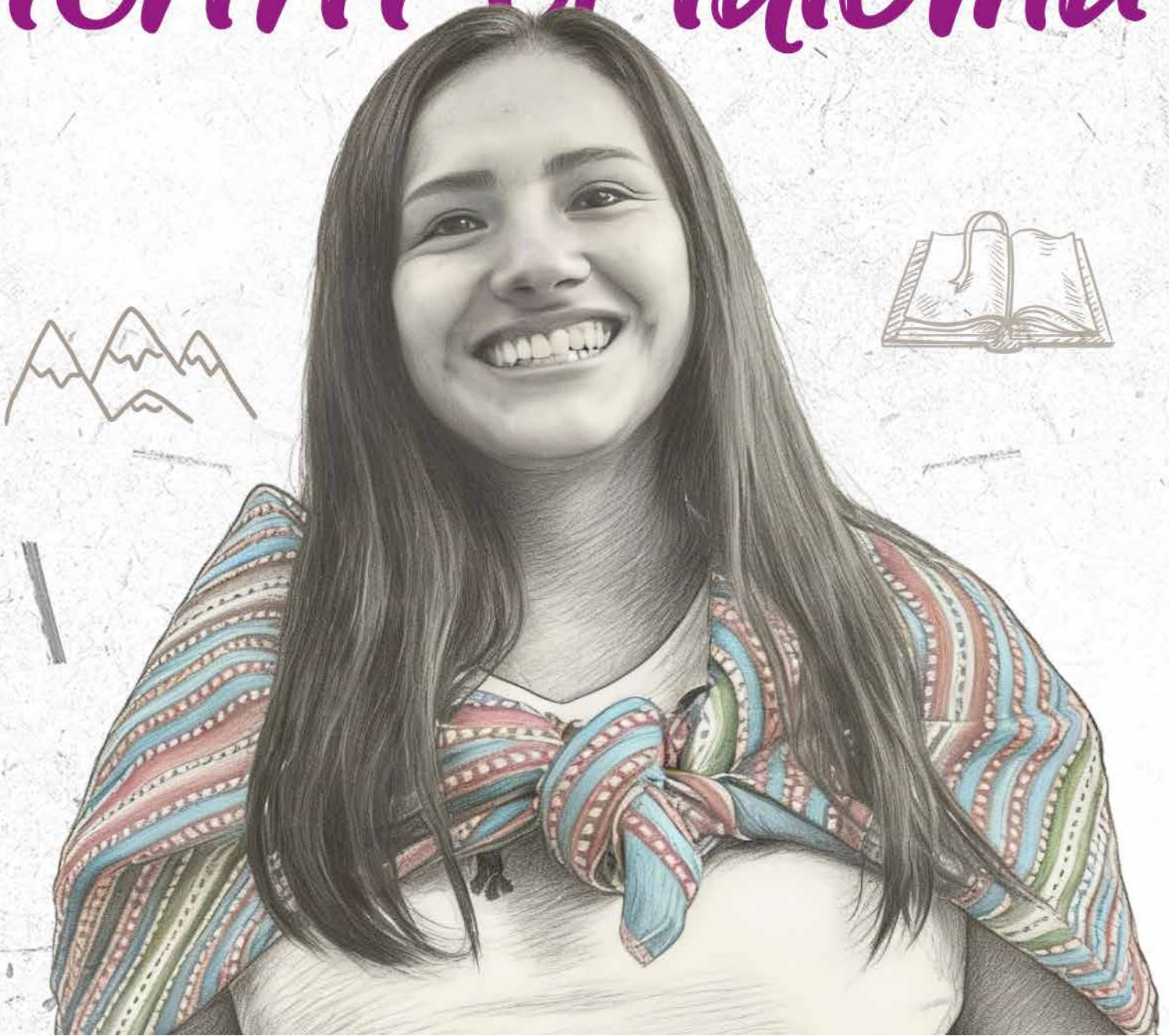
Es por ello que quiero agradecer al Pronabec por brindarme la oportunidad de dar a conocer la importancia de la donación de sangre. Porque donar sangre es un acto de amor muy importante para mejorar como sociedad. Un héroe puede salvar la vida de una persona, pero un donante de sangre puede salvar la vida de tres personas.

Queremos

REIVINDICAR

EL SER ANDINO,

revivir el idioma



Lesly Paraguay de la Cruz

Diseño Gráfico y Publicidad Digital

Beca 18

Imaynallam. Es una expresión quechua para saludar, para preguntar: cómo estás, qué tal. Es una palabra con la que yo nací, así conocí el mundo, las personas y la naturaleza que me rodeaban en el centro poblado de Pichiu, distrito de Andaymarca, en Huancavelica.

Cuando estudiaba, en primaria, se me dificultaba entender las clases. Las letras se dictaban en castellano y mi lengua materna es el quechua. Hubo momentos en los que me sentía profundamente sola. Era como si el mundo estuviera moviéndose a mi alrededor y yo estuviera desconectada. Sentía, con dolor, que no estaba aprendiendo. Veía a mis compañeros que avanzaban rápido y que cumplían bien con sus tareas, mientras yo me quedaba en blanco sin poder escribir.

Había días donde simplemente no quería ir a clases. “Ya no”, decía, porque no quería que el profesor me colocara algún apodo, se burlara, o me castigara por no entender. Una vez, un docente nos dijo que nadie debía pronunciar la lengua quechua, porque —y lo enfatizaba— el quechua es una lengua inferior. Claro que ese docente estaba equivocado. Pero nosotros no lo sabíamos. ¿Cómo puede un niño saberlo? Había días donde prefería quedarme en casa vendiendo panes.

Cuando me encontraba a muy poco de concluir la primaria ya tenía clara otra verdad: teníamos problemas económicos en mi familia. No podía comprar los cuadernos completos. Tenía que reusar, encontrar espacios para que entraran todos los cursos en tres cuadernos.

Fue en ese momento que pensé que yo no podía ser una carga para mi familia. Tenía que ser autónoma para estudiar. Tenía ocho hermanos. Y

mis padres hacían lo que podían. “Yo no tuve estudios como tú los tienes ahora, pero voy a trabajar para que tengas comida y estudio”, decía Máximo Paraguay, mi papá. “Acaso si no vas a estudiar a nosotros nos

perjudicas, tú misma malogras tu futuro”, me decía Nely De la Cruz, mi mamá, cuando yo no quería ir a clases.

“Era importante que reciban este tipo de información en su lengua nativa, para que se sientan orgullosos y seguros de sí mismos”.

En secundaria asumí que tenía que lograrlo. Era más consciente de todo el panorama que vivía mi familia. Me esforcé. Empecé a leer libros por mi cuenta. Repasaba mis apuntes, mientras cuidaba la panadería de mis padres. Y así, poco a poco, me di cuenta de que era capaz de muchas cosas.

En las últimas semanas de diciembre, al finalizar la secundaria, se hizo el reconocimiento de los estudiantes sobresalientes. Yo esperaba con muchas ansias ese día, ese momento, hasta que pronunciaron

por el micrófono mi nombre. Mis padres se sintieron muy orgullosos de mí. Para mí era también la confirmación de que había aprendido finalmente el castellano.

Luego de salir del colegio trabajé en varias cosas: en tiendas, o cosechando y vendiendo frutas. Esto con el objetivo de ahorrar y luego viajar a la ciudad para estudiar una carrera técnica.



Una de esas noches, cuando llegaba a casa, mi madre me esperó muy contenta. Me dijo que había llegado a la comunidad la noticia de Beca 18, y que había un examen de postulación al día siguiente. Viajé tres horas hasta llegar al lugar indicado. Tomé la prueba y luego me dijeron que había aprobado.

Desde ahí empecé la aventura. Estudié la carrera de Diseño Gráfico y Publicidad Digital en el Instituto Cibertec con la Beca 18 del Pronabec. Y luego, ya por mi cuenta, la carrera de Marketing en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Y ahora me encuentro trabajando en la consultora número 1 del Perú como UX & Behavioral Researcher, atendiendo a diferentes sectores en Latinoamérica como banca, telecomunicaciones o salud.

En este camino he realizado también diversos emprendimientos. Uno de ellos, en el año 2020, en plena pandemia, cuando regresé a mi comunidad. Vi que los niños ya no hablaban quechua, por la discriminación, pero también por el desconocimiento. Es por ello que creamos Illari, para darles talleres de orientación vocacional y de habilidades blandas en quecha.

Los niños recibieron la información que necesitaban en su lengua. Profesionales de distintas especialidades les hablaban sobre sus experiencias de vida, sus profesiones; luego ellos hacían preguntas y las resolvíamos en quechua. Vimos que era importante que reciban este tipo de información en su lengua nativa, para que se sientan orgullosos y seguros de sí mismos.

Con esto queremos reivindicar el ser andino, revivir el idioma, no dejarlo de hablar. No queremos que sigan discriminando a los niños por hablar

quechua. Yo veía que ellos lo necesitaban, porque les pasaba lo mismo que a mí. Me decían mis hermanos menores: “Lesly, no tengo internet, mandan tareas por WhatsApp y no entiendo nada”. Con Illari Quechua logramos reunir a más de 100 voluntarios del Perú y de otras partes del mundo.

Mi sueño es que ningún niño quechua en el Perú se avergüence de nuestra lengua nativa. Yo lo entendí en el camino, siempre con la motivación de superarme y mejorar la situación de mis hermanos pequeños y mis padres. La beca del Pronabec fue muy importante para lograrlo.

Desde muy niña, después de las clases, llegando a casa, veía a mi abuelo traer carrizo delgado para hacer canastas de panes. Me generaba mucha curiosidad saber cuál era el proceso: los cortes, los dobleces y el armado de la estructura. Lo mismo con las velas de cera de abeja. Convivir con él, a quien amé tanto en vida, me llegó a heredar esa habilidad de construir para darle algo de valor a las personas.

Recuerdo que por eso decidí estudiar diseño gráfico, porque cuando estaba a punto de postular a la Beca 18 me explicaron que iba a aprender a hacer las portadas de los libros, a crear marcas; y todo eso lo relacioné con la experiencia de mis abuelos, que creaban canastas y velas. Hoy siento que, de alguna manera, preservo algo de ese conocimiento que mi abuelo había heredado de su abuelo, y así sucesivamente.

La disciplina

≡ ABRE TODAS ≡
LAS
PUERTAS



Lu Madeley Michi Panaifo

Mantenimiento de Maquinaria
Beca Técnico Productiva

Desde muy niña supe que mi destino sería diferente al de mis padres. Lo intuí a los 10 años, cuando por primera vez vi una moto en mi pueblo, en el centro poblado Rosario Aucayo, en Iquitos, y quise manejarla. Poco a poco fui observando la vida urbana con otros ojos, hasta que una vez vi a un hombre maniobrar una maquinaria pesada; en ese instante, me dije: “Un día, yo estaré manejando una máquina como esa”.

Estudí los primeros tres años de secundaria en mi pueblo natal, pero mi vida cambió cuando nos mudamos a la ciudad. Antes de eso, y durante mis vacaciones, yo ya trabajaba activamente para ayudar a mi familia bailando en orquestas o vendiendo en tiendas de ropa. Fui una adolescente trabajadora y responsable. Justo cuando terminé la secundaria, y mientras continuaba con este ritmo de vida, conocí al padre de mi hijo.

Después de dar a luz, trabajé arduamente durante un año. Luego, pasé dos años más en la capital, dedicada por completo a solventar los gastos de mi hijo y mi familia. A pesar del sacrificio y la distancia, mi sueño por estudiar nunca se terminó; solo esperaba la oportunidad perfecta. Al retornar a mi ciudad, la encontré: un camino de formación a través del servicio voluntario en las Fuerzas Armadas.

Tomé una decisión crucial: para no preocupar a mis padres, solo les dije que buscaría trabajo para mantener a mi hijo. Fui directamente al cuartel del Ejército, pregunté por los requisitos y me inscribí ese mismo día, decidida a cambiar mi futuro.

Recuerdo que cuando regresé a mi casa, le dije a mis padres que tenía trabajo en el cuartel, se alegraron, pero mi padre me lanzó una advertencia clara: “El día que quieras desertar, yo mismo iré a dejarte en la puerta. Esas cosas no son para las chicas, la vida militar es dura”. Esa frase se convirtió en mi motor diario.

“Es un inmenso orgullo decir que soy la primera mujer técnico mecanizado en el taller de Mecanizado de la empresa”.

Al terminar la etapa básica, a los tres meses, el gran momento llegó: en una ceremonia vi tres maquinarias pesadas de la unidad de Ingeniería. ¡Era la señal! De inmediato me conecté con los compañeros que sabían de máquinas. A los ocho meses de servicio, postulé a la Beca Técnico Productiva FF. AA., del Pronabec, y fui declarada apta para seguir el curso de capacitación de Operador de Retroexcavadora y Volquete en el Centro Tecnológico Minero del Perú (Cetemin).

El curso, diseñado especialmente para las Fuerzas Armadas, era mi gran oportunidad. Durante cinco meses me especialicé como Operadora de Volquete y Retroexcavadora, con instructores de Cetemin que viajaron a la ciudad de Iquitos. El esfuerzo valió la pena: no solo aprendí a maniobrar estas máquinas, sino que obtuve el primer puesto entre todos los participantes del servicio militar voluntario del Ejército, la FAP y la Marina, demostrando mi liderazgo y habilidad.



Casi al culminar mi servicio militar, asistí a una charla educativa del Instituto de Educación Superior Tecnológico Público de las Fuerzas Armadas. Analicé los doce programas de estudio que tiene el instituto y mi decisión fue inmediata: Mantenimiento de Maquinaria. Mi lógica fue simple: si ya sé operar las máquinas, ¿por qué no conocerlas a fondo, desde la pieza más pequeña hasta la más grande? Esa carrera, que complementaba perfectamente mi sueño, se convirtió en mi primera opción de postulación.

Aquel día de la charla fue decisivo. Estudié todo lo que pude, pues sabía que no podía dejar pasar la oportunidad: las comisiones del instituto solo viajaban por dos o tres días desde Lima para tomar el examen y regresar. ¡No había otra! Tenía que aprovechar ese momento. Así que, al día siguiente, me presenté al examen con la determinación de asegurar mi ingreso.

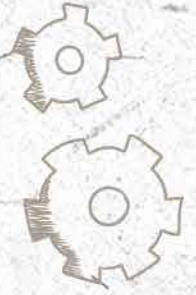
Di el examen sintiéndome segura y preparada. Quince días después, ya había sido aceptada, y tuve que conseguir el traslado de mi servicio de Loreto a Lima para iniciar mis estudios. No fue fácil. Y luego mudarme sola a Lima, sin mi familia, ni mi hijo, significó comenzar de cero por un sueño. La soledad era un peso enorme, y las dudas comenzaron a aparecer. Pero cada vez que flaqueaba, recordaba que si no tomaba esta oportunidad ahora, quizás no la volvería a tener. Ese riesgo fue más grande que el miedo.

A pesar de la pandemia y el gran cambio de vida que supuso mudarme a Lima, los tres años de estudio pasaron volando. Hoy, esa perseverancia me ha llevado a Ferreyros S.A., una de las empresas más importantes del Perú. Es un inmenso orgullo decir que soy la primera mujer técnico mecanizado en el taller de Mecanizado de la empresa. Cada día demuestro que esta profesión también nos pertenece a las mujeres.

Llevo ya dos años y ocho meses trabajando en Ferreyros S.A., pero mi camino no termina aquí. Mi meta es clara: seguir estudiando, llegar a ser jefa de área y desarrollar mi propio negocio. De hecho, ya llevo un emprendimiento personal en paralelo a mi trabajo. Mi visión es seguir creciendo y demostrando que la disciplina abre todas las puertas.



Trabajen

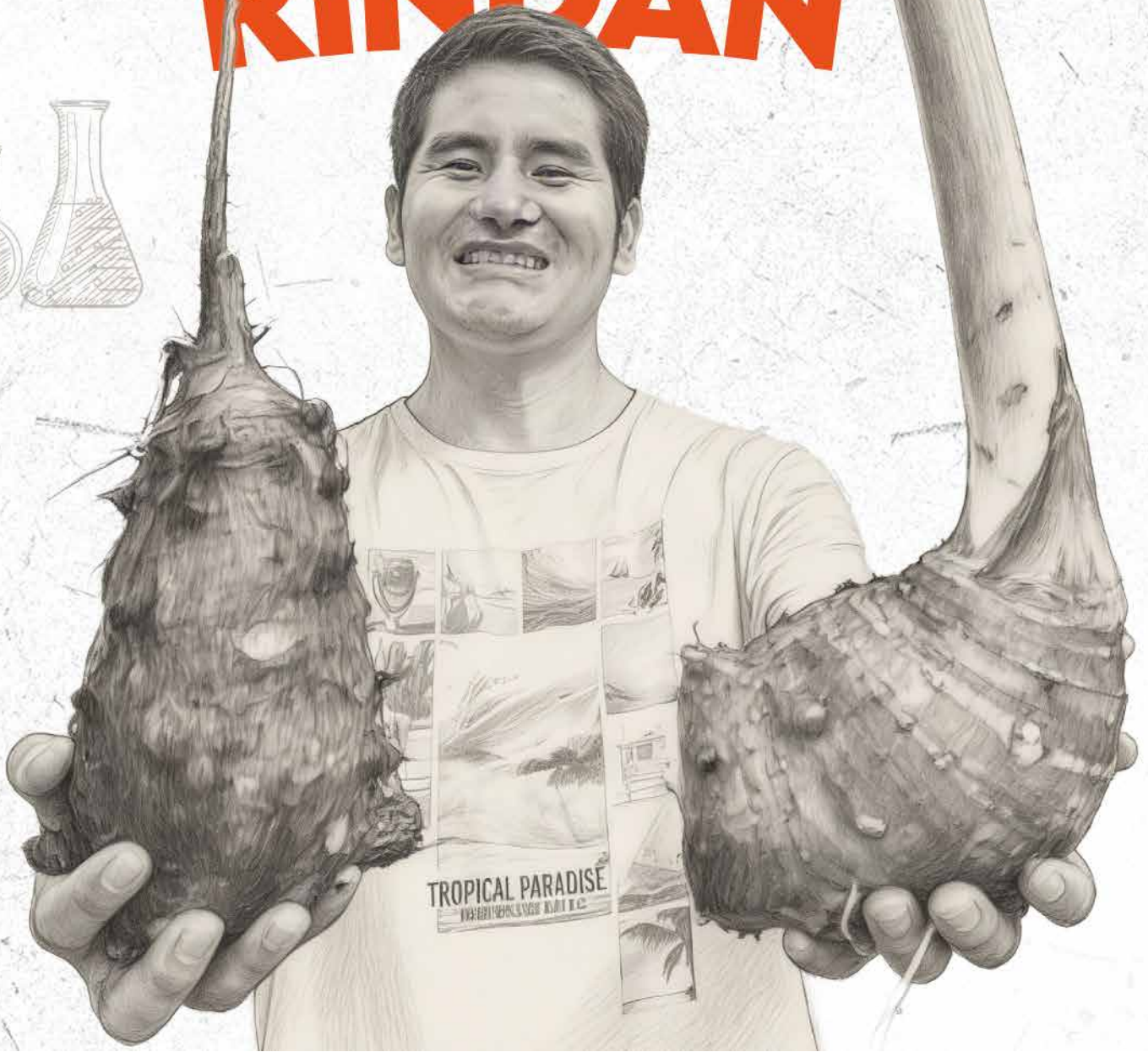


★ con ★

PERSEVERANCIA



**NUNCA SE
RINDAN**



Miguel Ángel García Cisneros

Ingeniería Agroindustrial
Beca 18

Cuando tenía 8 años ocurrió un hecho que marcó profundamente mi vida. Me encontraba jugando con mis amigos en mi natal Chumbes, centro poblado de Ayacucho que también vio nacer a Andrés Avelino Cáceres, y un docente de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga se acercó para pedirnos ayuda con la recolección de aguaymanto y arrayán. Estas frutas abundaban en la zona, pero solían desperdiciarse. Sin entender para qué el profesor las quería, nosotros aceptamos encantados, y cuando se las llevamos, me di cuenta de que él sí las usaba: las transformaba en mermeladas y néctares.

“Soy ingeniero industrial”, me dijo el docente. En ese momento descubrí otro mundo. Sentí que un nuevo camino se abría ante mí, pues supe que esa sería la carrera profesional que estudiaría cuando culminara el colegio, aquella con la que podría transformar los frutos de mi tierra en productos nutritivos y valiosos para la comunidad.

Otro hecho sumó a esta decisión: cada que terminaba un nuevo grado en el colegio viajaba ocho horas en bus desde Chumbes hasta Palestina Alta, un centro poblado ubicado en los Valles de los Ríos Apurímac, Ene y Mantaro (Vraem) y el lugar donde nació mi padre, Miguel Lorenzo. Fue ahí donde conocí la pituca, un tubérculo poco conocido en el país, pero muy apreciado en dicha zona.

Su sabor, su textura y su potencial nutricional me fascinaron tanto que decidí convertirla, años más tarde, en la protagonista de mis investigaciones universitarias.

Durante los viajes a Palestina Alta también aprendí a sembrar y cosechar café, cacao, arroz, maní y otros productos. Esas actividades, que empezaron como tareas familiares, pronto se convirtieron en mis mejores pasatiempos, porque me conectaban con la tierra y con la gente de la comunidad.

Y todo ello fue gracias a mi padre, así como a mi madre, Teófila Lourdes, ambos agricultores. Ellos fueron mis primeros maestros: mi madre me inculcó los valores, la disciplina y el amor por los números, y mi padre me enseñó a cultivar la tierra y a valorar cada cosecha como un acto de paciencia y esperanza.

Crecí en una familia con limitaciones económicas, pero con un enorme impulso emocional. Para demostrarles a mis padres que valía la pena seguir apoyándome, me esforzaba al máximo en mis estudios y cada año les entregaba diplomas que me ganaba con dedicación durante la primaria y la secundaria. Ellos me ofrecían todo lo que podían. Con sus palabras en su idioma natal, el quechua, me brindaron el apoyo moral que necesitaba para seguir adelante.

Al terminar la secundaria enfrenté una realidad difícil: mis padres debían apoyar a mi hermana mayor, quien estudiaba en un instituto privado, y los recursos no alcanzaban para todos. Sin embargo, decidí no renunciar a mi sueño. En 2012 ingresé en primer puesto a la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga para estudiar mi carrera soñada: Ingeniería Agroindustrial. Ese mismo año, gracias a mis calificaciones, obtuve la Beca 18 del Pronabec. Formé parte de su primera promoción.

La beca cambió mi vida. Me permitió estudiar sin preocupaciones económicas y alivió enormemente la carga de mis padres, quienes pudieron



enfocarse en mis hermanos. También me convertí en el primer universitario de mi familia.

Ya en la universidad era el momento de investigar con la pituca. Enton-

ces, junto con un gran docente, el ingeniero Eusebio De la Cruz, y otros colaboradores de otras casas de estudios superiores de Lima, desarrollamos una investigación que demostró que usando puré de pituca en la preparación de pan francés se podía obtener un producto más nutritivo y agradable al paladar.

“Quiero usar la ciencia y la tecnología de los alimentos para transformar realidades, mejorar la alimentación de mi país y crear oportunidades”.

Nuestro pan alcanzó 11.37 % de proteína, frente al 8.6 % del pan francés comercial elaborado solo con harina de trigo. Además, la pituca permitió reducir el contenido de grasa de 3.7 % a 2.5 %. Comprobamos que era posible sustituir hasta el 30 % de la harina de trigo sin afectar la textura, el sabor, el color ni el aroma del pan.

Los resultados despertaron interés en todo el Perú. La investigación fue publicada en la revista científica *Agroindustrial Science*, y aparecimos en diversos medios de comunicación nacionales e internacionales. Además, recibimos llamadas de asociaciones del Vraem interesadas en

llevar la pituca a mercados más grandes. Entonces, asumimos el compromiso de apoyarlas, porque uno de los propósitos de este proyecto es empoderar a los agricultores y, especialmente, a las mujeres del Vraem, visibilizando productos que han sido parte de su cultura por generaciones.

Este trabajo de investigación también abrió nuevas puertas en mi vida. Logré ser admitido en la Universidad de Buenos Aires, en Argentina, para estudiar una Maestría en Bromatología y Tecnología de la Industrialización de Alimentos, una meta que, por motivos económicos, creía imposible. Fue entonces que decidí nuevamente confiar en el Pronabec, y en el 2023 postulé y gané la Beca Generación del Bicentenario, que me permitió continuar mis estudios de posgrado con todos los gastos cubiertos por el Estado peruano.

Durante mi formación en Argentina he tenido la oportunidad de representar a la Universidad de Buenos Aires en espacios académicos de gran relevancia, como el XIX Congreso CYTAL 2025, un encuentro internacional que reúne a especialistas en ciencia y tecnología de los alimentos. Ser parte de este congreso fue un honor y una experiencia enriquecedora, donde pude compartir conocimientos, conocer nuevas líneas de investigación e inspirarme con proyectos orientados a la innovación, la sostenibilidad y la salud. Este tipo de espacios no solo fortalecieron mi formación, sino que reforzaron mi compromiso con el desarrollo científico y la mejora continua.

Hoy, al mirar mi camino, sé con claridad qué es lo que mueve mi vida: quiero usar la ciencia y la tecnología de los alimentos para transformar realidades, mejorar la alimentación de mi país y crear oportunidades donde antes no las había. También quiero que los productos como la

pituca, el café o el cacao se conviertan en ejemplos de innovación alimentaria.

Al culminar mi maestría, quiero volver al Perú y contribuir al desarrollo de cadenas productivas sostenibles, especialmente en zonas como el Vraem, donde la riqueza agrícola existe, pero necesita ser visibilizada y valorizada.

De esta manera, también quiero que los niños de comunidades rurales, como mi yo de hace años, sepan que pueden llegar lejos. Y para ello, quiero que ellos tengan acceso a becas, oportunidades y educación de calidad. Ese es el motor que me impulsa: transformar la vida de otros, así como la educación transformó la mía.

Hoy, gracias a la educación, tengo un propósito claro y una meta que guía cada paso que doy. Por eso les digo a los niños y jóvenes que sueñen en grande: trabajen con perseverancia y nunca se rindan. Lo que hoy les parece imposible, mañana puede convertirse en parte de su historia.

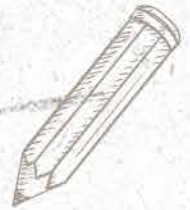
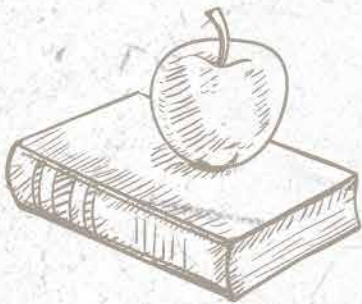


La universidad

REFORZÓ

• mi •

identidad



Pilar Samicay Rengifo Vasquez

Educación Intercultural Bilingüe (EIB)

Beca 18

Mi abuela me sentaba a su costado cuando pintaba en la tela historias de mi pueblo Shipibo-Konibo. Nací en la comunidad de Curiaca de Caco, del distrito de Iparía, en la región Ucayali. Crecí rodeada de naturaleza, tradiciones y saberes ancestrales, como el bordado y los diseños pintados en telas, collares, pulseras y cerámicas. Todo esto ha formado los cimientos de mi identidad.

Mientras mi abuela preparaba la mocahua, vasija tradicional de cerámica, me iba explicando los materiales y cómo había que poner la mano y el cuerpo para darle forma. “Nunca dejes de hablar nuestra lengua, porque con el tiempo la lengua se va a perder”, me decía. En ese momento yo no entendía mucho acerca de esto. Ellos sabían, los abuelos sabían que las lenguas se iban a perder.

En mi comunidad, el conocimiento se transmitía oralmente a través de los mayores, y el contacto con la naturaleza y la vida comunal era esencial en la formación de cada persona. Las abuelas siempre nos llevaban a la chacra, nos relacionábamos con la naturaleza. Nos levantaban temprano y siempre nos bañábamos en el río, porque allá, en la selva, nunca se bañan en un caño, siempre en el río.

Desde chiquita, en primaria, jugaba a la escuela con varios niños. A mis hermanitas siempre les ayudaba también con las tareas. Siempre he sido yo la profesora. Desde ese momento nació mi deseo de ser docente.

A medida que fui creciendo, mis padres vieron en la educación una oportunidad para que yo tuviera un futuro diferente. Así fue como emprendimos el difícil pero esperanzador camino de mudarnos a la ciudad

de Pucallpa, para que pudiera continuar mis estudios. Dejé mi comunidad a los 7 años, con miedo, pero también con la ilusión de alcanzar mis sueños. Ser alguien en la vida, ser profesional.

En la ciudad enfrenté muchos desafíos: el cambio de idioma, el ritmo acelerado de vida, la discriminación y la soledad. Sin embargo, con esfuerzo y perseverancia, logré adaptarme. Terminé mis estudios de primaria y secundaria en el año 2010, caminando a pie todos los días, durante cinco años, bajo el intenso calor, con el firme deseo de continuar mi formación.

En el año 2014, mi vida dio un giro importante al ganar la Beca 18 para estudiar la carrera de Educación Intercultural Bilingüe en la Universidad Peruana Cayetano Heredia, en Lima. Esta oportunidad fue mucho más que un logro académico; representó un compromiso con mi comunidad y con los pueblos originarios del Perú.

Durante mi formación universitaria, conviví con estudiantes de diversos pueblos indígenas como los quechuas, aimaras y shipibos. Este entorno intercultural enriqueció profundamente mi experiencia, no solo en lo académico, sino también en lo humano y lo cultural. Aprendí a valorar la diversidad como una fortaleza, a reconocer la sabiduría de cada cultura y a cuestionar los modelos educativos homogéneos que no responden a las realidades de nuestros pueblos.

Tras culminar mis estudios en el año 2019, sentí la necesidad de retornar a mi comunidad, esta vez como profesional. Durante un año trabajé como maestra, enseñando a niñas y niños que, como yo en su momento, crecían en medio de la selva, rodeados de tradiciones, pero también enfrentando múltiples barreras para acceder a una educación pertinen-

BIENVENIDA

Fecha: Jueves 10 de Julio del 2025

Area: Comunicación 2.0

Actividad: Belle fikomni ikomni non axiti xobaki

Propósito:

Planificación - non sh yuante

Actividad	Objetivo	Recursos	Evaluación
Escucha activa	Identificar ideas principales	Libro de texto	Resumen oral
Escucha activa	Identificar ideas principales	Libro de texto	Resumen oral

Axiti xobaki
Ayenon lekomni ikomni non axiti xobaki
non axiti xobaki non axiti xobaki



te y de calidad. Fue una experiencia transformadora. No solo enseñé, sino que también aprendí: a sentir, otra vez, las necesidades de las niñas de las comunidades amazónicas.

Después de ese tiempo, obtuve una plaza en una escuela bilingüe intercultural en Yarinacocha, donde actualmente me desempeño como

“Una educación intercultural que abrace la diversidad y dignifique los saberes de nuestros pueblos”.

docente nombrada. En esta institución, los estudiantes hablan tanto castellano como shipibo. Aquí, mi labor va más allá de enseñar contenidos escolares; mi tarea consiste en crear puentes entre dos mundos, en valorar y fortalecer la lengua y la cultura originaria de mis estudiantes, y en promover una educación que los forme con orgullo de su identidad.

Sin la beca, no sería lo mismo. Todo hubiera sido más difícil para mí. Ya había postulado a la Universidad Nacional de Ucayali, pero no había agarrado una vacante. Hubiera tenido que seguir trabajando, para lograr los recursos necesarios y volver a postular. Hubiera cambiado la vida de mi familia también.

La universidad reforzó mi identidad. Estudiar con personas de otras lenguas, que no tenía noción de que existían, enriqueció mi perspectiva. Conocí sus culturas, y cómo, algunos de ellos, tenían miedo de hablar

su lengua. También comprendí que tenían derecho, igual que nosotros. Eso me hace pensar que la identidad de los pueblos originarios está con nosotros, y que no importa las circunstancias, no debemos tener vergüenza, pues siempre vamos a pertenecer a esa cultura, a esa lengua originaria.

Esta es mi historia: una historia marcada por la búsqueda de oportunidades, por la resiliencia ante las dificultades, y, sobre todo, por el profundo deseo de contribuir a una educación intercultural que abrace la diversidad y dignifique los saberes de nuestros pueblos.

Mi camino apenas comienza, pero tengo la certeza de que cada paso que doy como maestra está guiado por las raíces que me vieron crecer y por la esperanza de construir un futuro más justo y respetuoso para nuestras niñas y niños indígenas.

La revolución

★ DE LA ★

CIENCIA

será

empática



Raúl Enrique Jauregui Penny

Ingeniería Ambiental

Beca 18

Cuando era niño tenía miedo de hablar, por una tartamudez que hacía que mis palabras se tropezaran. Esta dificultad me impulsaba a querer participar más, a no conformarme. En el colegio actuaba, recitaba poesías y hasta hablaba en la formación en representación de todos mis compañeros. Tengo un ímpetu, desde pequeño, por construir y ayudar a los demás.

Estudí en un colegio Fe y Alegría, que estaba a las faldas de un cerro. Comí durante todo el periodo escolar en un comedor popular, acompañado de mis hermanos. Vengo de una familia con una madre auxiliar de educación y fundadora de una olla común en la pandemia, y un padre mil oficios (vendedor, cobrador de carros, técnico de sonido). Mis hermanos no pudieron terminar la universidad por problemas económicos, y, ciertamente, es algo que resonó siempre en mí, porque era el ejemplo de lo que me podía pasar.

Recuerdo que estando en primer año de secundaria, le pregunté a una estudiante de quinto año de mi colegio: “¿Cómo puedo acceder a becas?, ¿cómo lo puedo lograr?, ¿cómo puedo sacar a mi familia adelante?”. El día anterior estaba vendiendo chocotejas y mazamoras en mi barrio, las que preparaba mi mamá, y a la siguiente semana tenía que empezar un nuevo trabajo de mozo porque tenía que pagar la matrícula de mi colegio y comprarme útiles escolares.

Mi querida abuela, antes de fallecer en 2015, me recomendó postular al Colegio de Alto Rendimiento (COAR) de Lima. Yo me amanecía estudiando creyendo que un 20 podría salvarme de lidiar con mis frustraciones. Tenía ansiedad y tuve que llevar medicación psiquiátrica para sentirme mejor.

La beca del COAR significó para mí un cambio total, acceder a más oportunidades. Pude ocupar los primeros puestos del colegio y nos invitaban a muchos eventos. La primera vez que fui a la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), para un programa relacionado a la filosofía, dije: “¿Hay la posibilidad de, algún día, estar en la universidad?, ¿mamá, podremos lograrlo?”. En ese entonces me decidí a lograrlo no porque realmente quisiera, sino porque sentía la presión de hacerlo y poder, de esa forma, romper el ciclo de pobreza familiar.

Terminé el colegio y decidí postular a becas. Gané algunas becas antes de ganar la Beca 18 para estudiar Ingeniería Ambiental en la Universidad Peruana Cayetano Heredia (UPCH), pero esta oportunidad de la Beca 18 se veía perfecta para mí, no solo porque cubría mi carrera, sino también por la oportunidad que tenía de vivir cerca de la universidad y así salir de mi barrio.

Ya me sentía un ganador, pero aún quería más. Veía a muchos amigos ganando becas para el extranjero y me entraba la sensación de lograrlo, también. Es por eso que en 2023 fui acreedor de la Beca PIMA para hacer un intercambio en la Universidad de Granada en España. Fui uno de los cinco estudiantes latinoamericanos en una experiencia que marcó mi vida: mi primer viaje internacional. Desde el primer momento hice contactos, relaciones y me enamoré de la vida allá, pero también descubrí tantas brechas entre Latinoamérica y Europa, tanto a nivel educativo, como social y cultural.

Esa inconformidad me hizo dar ganas de volver al Perú y poder aportar con lo que había aprendido. Por eso fundé el grupo con interés en investigación en ingeniería ambiental (GIIA), con ganas de crear más



PLÁSTICOS SIN LÍMITE

CÓMO ALIMENTAN LAS EMPRESAS LA CRISIS ECOLÓGICA Y QUÉ PODEMOS HACER AL RESPETO

Alianza editorial

Alice Mah



oportunidades de investigación para los más jóvenes, especialmente estudiantes de primeros años, haciendo talleres y programas que los ayuden a mejorar sus habilidades en investigación.

“Con ganas de crear más oportunidades de investigación para los más jóvenes, especialmente estudiantes de primeros años”.

En 2024 tuve la oportunidad de representar al Perú en una de las conferencias más grandes de innovación y emprendimiento en el sur de Estados Unidos, eMerges Americas, donde pude presentar Soildier junto con mi equipo, un proyecto basado en la producción de hidrogeles de quitosano a partir de residuos de la mosca soldado negra, para ayudar a los agricultores a enfrentar el estrés hídrico y el cambio climático.

En 2025 tuve la oportunidad de dar una charla TED llamada “Biotecnología: el futuro se cultiva con residuos”, en el TEDx Camacho Youth. Ahí hago una analogía entre los residuos y el talento que se desperdicia porque no tiene acceso a oportunidades, algo que me pasó en algún momento y me hizo sentirme perdido.

Mi segunda charla se llama “La revolución de la ciencia será empática”, en el TEDx UNALM, una reflexión a construir ciencia con empatía. Y en este mismo año pude cofundar Ambientalmente Incorrectos, un pódcast de ciencia y sostenibilidad junto a una de las referentes más grandes de medio ambiente en el Perú, Giuliana Becerra, quien confió en mí para dirigir junto con ella este podcast que hasta el momento ha logrado contar con más de 12 episodios, con entrevistas a CEOs, líderes juveniles, científicos y jóvenes que están marcando la diferencia en el campo de la innovación, ciencia y medio ambiente.

¿Estoy satisfecho? Sí. Ahora sí puedo decir que estoy satisfecho, y no porque haya logrado muchas cosas en estos años, sino porque llegué a la conclusión de que mi valor no reside en cuánto le demuestre a los demás, sino en cuánto me demuestre a mí, porque mi mayor competencia soy yo. Abrazo mucho a ese Raúl de niño que trabajó mucho para comprarse sus libros, el que llegó a Europa y buscó casa por casa un alojamiento, ya que no conocía cómo rentar en otro país, al que se sentía mal por sacar un 18 y no un 20. Lo abrazo porque es parte de mi historia.

Hoy, gracias al Pronabec y a las demás oportunidades, estoy abriendo mi propio camino, apoyando a mi familia, y en los últimos meses he dado más de 10 charlas en colegios, universidades e institutos, democratizando el acceso al conocimiento científico y a más oportunidades en becas, porque no se trata solo de mí, sino también de los que vienen después y de los que asumirán, como lo he hecho yo, el reto de transformar su historia familiar y de alcanzar sus más grandes anhelos.



HAY QUE

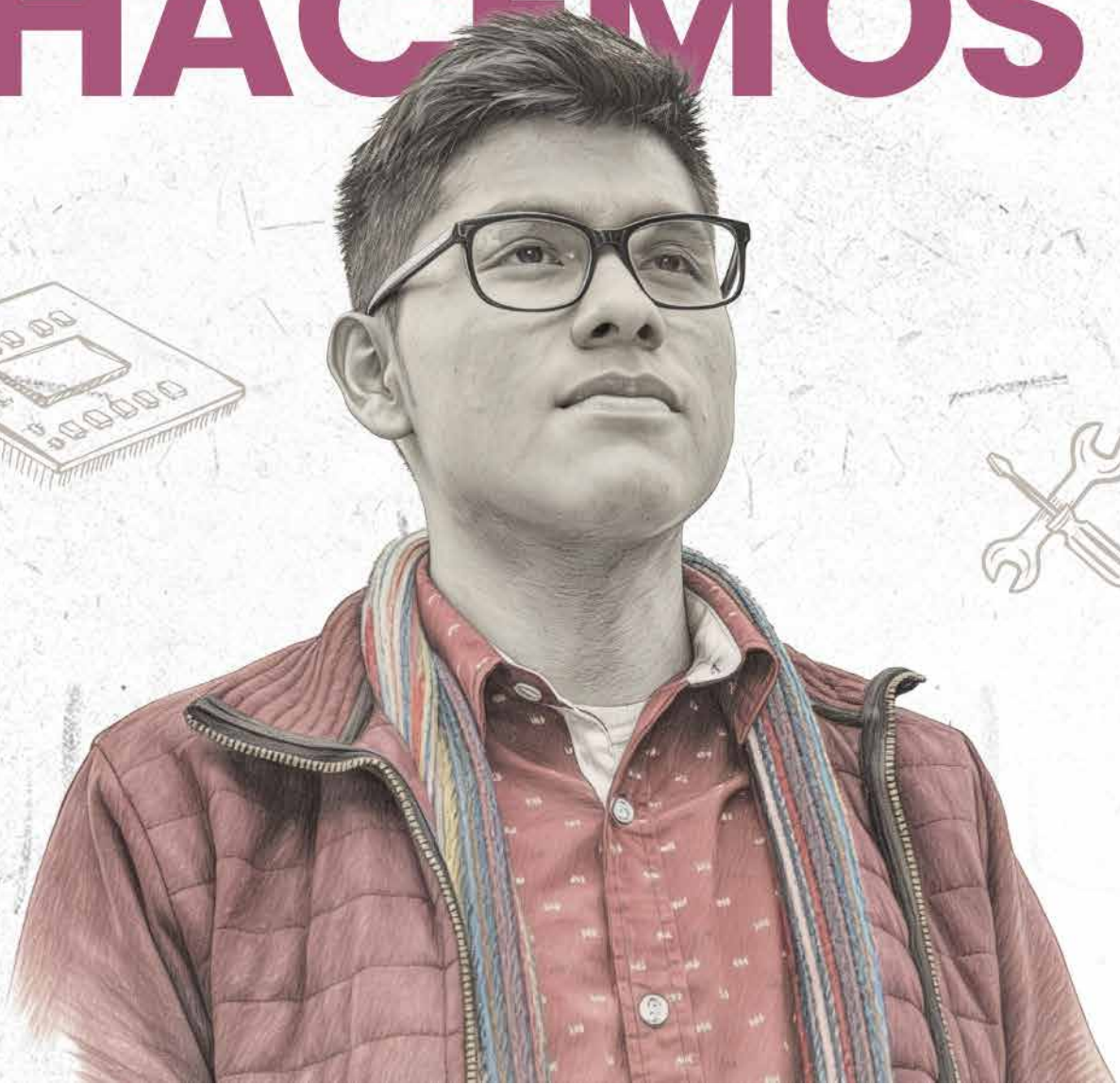
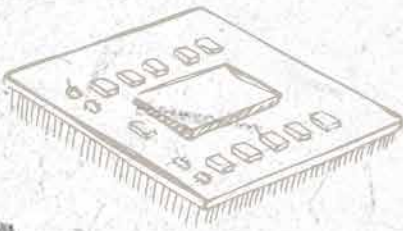
tener claro

★ POR QUÉ ★

HACEMOS

LO QUE

HACEMOS



Sebastian Alonso Dulanto Morales

Ingeniería Electrónica
Beca Hijos de Docentes

Mi historia empieza en Huacho, al norte de Lima, donde nací. Pero fue en Chancay, ese rincón costero que muchos llaman “puerta al norte chico”, donde realmente crecí, viví y me formé. Vengo de una familia muy unida, guiada por la fe y las tradiciones, con una devoción muy marcada por nuestra querida Lola, la Virgen de los Dolores, y la Virgen del Carmen. Como muchas familias, no siempre estuvimos económicamente estables. Recuerdo los esfuerzos que hicieron mis padres para sacarnos adelante.

Mi papá, Carlos, trabajó como profesor durante muchos años en Sapcha, un pequeño pueblo escondido entre las montañas de Áncash, lejano y difícil de acceder en aquellos tiempos. Llegó allí en una época muy compleja para el país, en medio de dificultades que hoy solo entendemos con el tiempo. Durante mucho tiempo fue un lugar del que solo escuchábamos historias, porque llegar allí era complicado; sin embargo, en 2025 por fin pudimos visitarlo como familia.

Fue emocionante conocer ese hermoso lugar y entender más profundamente todo lo que significó para él. Le agradezco inmensamente ese sacrificio, así como a mi mamá, Jenny, quien también vivió momentos duros en esa época, y estuvo siempre cuidando de nosotros. Gracias al esfuerzo de ambos, hoy mis hermanos y yo podemos aspirar a más.

Uno de los logros más importantes de mi vida fue haber podido estudiar la carrera de Ingeniería Electrónica en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, gracias a la Beca Hijos de Docentes del Pronabec. Curiosamente, la docencia no estuvo siempre en mis planes. Como les pasa

a muchos hijos de docentes, probablemente, por momentos pensé en seguir la misma carrera que mi padre. Tal vez algún día lo haga.

Mi interés por la electrónica nació desde el colegio. Recuerdo que mi profesor de Computación les sugirió a mis papás comprarme un set de robótica de LEGO para que pudiera aprender. No se pudo en ese momento, pero esa idea quedó grabada en mi mente. Desde entonces, empecé a tener curiosidad por las nuevas tecnologías, computación e incluso los viajes espaciales, que en los últimos años han avanzado de forma impresionante. Así, con gustos diversos, pero partiendo de una misma base, decidí que la Ingeniería Electrónica sería el punto de partida para descubrir mi futuro.

La beca me permitió dedicarme completamente a mis estudios, sin la preocupación constante por lo económico. Pude sobresalir como el mejor alumno de mi promoción, mérito que me permitió participar en el programa llamado “Sanmarquinos para el Perú”. Así, salí del país por primera vez. Una experiencia única.

También participé en proyectos tecnológicos y de responsabilidad social, como “Engineering Ambassador 2024”, en colaboración con el Institute of Electrical and Electronics Engineers (IEEE) - UNMSM. Este proyecto me permitió llevar a estudiantes de ingeniería de San Marcos a la institución educativa donde actualmente labora mi papá. Ver la emoción de los jóvenes y el orgullo reflejado en la mirada de mi papá, sin duda, fue uno de los regalos más grandes que me dejó la universidad.

Pero no todo fue sencillo. Al terminar la universidad, meses después, me diagnosticaron tuberculosis (TBC). Fue un golpe muy duro, tuve que dejar de realizar muchísimas actividades académicas, sociales y deportivas. Durante meses estuve en cama, con mucho dolor físico y emo-



cional. Sentía impotencia, lloraba seguido, preguntándome por qué no podía hacer todo lo que soñaba. Por mucho tiempo no pude hablar del tema, hasta que entendí que no era mi culpa. Hoy no me avergüenza contarlo, porque sé lo importante y trascendental que fue ese proceso en mi vida.

“La emoción de los jóvenes y el orgullo reflejado en la mirada de mi papá fue uno de los regalos más grandes”.

En medio de esa etapa tan difícil, mi familia volvió a ser mi fortaleza. Ellos no permitieron que me cayera. Gracias a su amor, su paciencia y su fe, logré recuperarme. Luego llegaron nuevas oportunidades: pude comenzar a trabajar en el área que me apasiona, la automatización industrial. Hoy tengo la fortuna de estar, aunque no directamente, dentro de una de las empresas más importantes del sector, trabajando en un proyecto de automatización para una petrolera del extranjero y en un segundo proyecto para una minera dentro del Perú.

Y por fin, después de casi dos años, sustenté mi tesis. Fue aprobada, y ahora estoy en el proceso final para obtener mi título. No ha sido un camino fácil, pero sí uno lleno de lecciones.

¿Qué sigue ahora? No lo sé con certeza, pero sí tengo un sueño claro: hacer una maestría en el extranjero y poder aportar mi granito de arena

a mejorar el futuro del país. Sé que tengo la capacidad y, más importante aún, sé que cuento con el respaldo de mi familia. Y eso, para mí, lo es todo.

Cada historia es única. No todos nacemos con las mismas oportunidades ni atravesamos las mismas circunstancias. Yo soy un claro ejemplo de ello, pero siempre hay que tener claro por qué hacemos lo que hacemos. En mi caso, por mí y por mi familia. Y como siempre me repite mi papá, a veces, de forma insistente pero cargado de mucha razón: “El tiempo alcanza para todo”.



Hacer,

CON PASIÓN

• y •

EXCELENCIA,

AQUELLO QUE NOS

mujeres



Selenia Guadalupe Sequeiros Tumpay

Ingeniería Industrial

Beca 18

Nací en Cusco, en tierras fértiles, montañas verdes, que sostienen vidas y sueños. Hija de un apurimeño y de una madre cusqueña, ambos dotados de una fortaleza inmensa para sacar adelante a nuestra familia. Ninguno tuvo acceso a una carrera profesional, pero desde muy pequeña me regalaron lecciones valiosas.

Crecí en un barrio donde la violencia era parte del día a día; perdí amigos en el camino, pero gracias al empeño y la disciplina que mis padres inculcaron, pude mantenerme al margen. A pesar de sus largas jornadas trabajando en el mercado, siempre encontraron la forma de acompañarnos y mantenernos ocupados. Fuimos tres hermanos que crecimos entre libros, revistas y enciclopedias; sin internet. Descubrimos el mundo página por página. Esto, además, me hizo ser autodidacta en mi aprendizaje y así ocupar el primer puesto en mi colegio Luis Vallejos Santoni.

Aunque no teníamos comodidades, éramos felices valorando cada momento y cada oportunidad que la vida nos ofrecía. Todo cambió abruptamente con la muerte de mi padre en un accidente de bus. Perderlo fue un golpe emocional y también el inicio de una crisis económica que puso a prueba a mi madre. Fue entonces cuando entendí que debía esforzarme más que nunca para salir adelante y ayudar a mi familia.

Con esa convicción, gané una beca para el mejor colegio del país: el Colegio Mayor Secundario Presidente del Perú. Tras un proceso exigente, logré ser primer puesto en mi región y quedar entre los 10 mejores a nivel nacional. Este logro marcó un antes y un después. La pasión por la analítica y la oratoria que mi padre me había inculcado me prepararon

para afrontar este reto. Aunque fue difícil partir a Lima a los 12 años, sabía que era una oportunidad invaluable que debía aprovechar.

Los años de estudio en este colegio fortalecieron mi carácter y me impulsaron a crecer académica y personalmente. Descubrí nuevas pasiones: participé en programas de emprendimiento, proyectos de robótica, resolución de conflictos sociales, voluntariados en albergues; además, integré las selecciones de vóley y fútbol.

Pensando en mi futuro profesional encontré en Beca 18 una ventana para acceder a la educación superior. Elegí Ingeniería Industrial y Comercial, una carrera que me permitiría combinar análisis, estrategia y procesos. Ingresé a la Universidad ESAN, una de las mejores de Latinoamérica en negocios, y logré egresar y titularme en el décimo superior.

Con los años de experiencia, he alcanzado la jefatura comercial en importantes empresas del rubro de infraestructura modular. Tengo el compromiso de ser un referente en un sector que considero clave para el futuro: un sistema de construcción ecoamigable, escalable y seguro, que podría permitir a las familias peruanas ampliar sus viviendas de manera responsable y sostenible.

Paralelamente, estoy desarrollando proyectos de gestión comercial apoyados en inteligencia artificial, combinando nuevas herramientas tecnológicas con un enfoque humano, orientado a entender y atender mejor las necesidades de las personas mediante la analítica.

Hoy me identifico como una mujer multipotencial. Aprendí que no es necesario encajar en una sola etiqueta, y es un valor que siempre transmito a mis equipos de trabajo y amigos; no hay límites para las cosas que podemos lograr. Hoy puedo liderar proyectos que exigen estrategia y



mañana crear otros que demandan creatividad. Lo importante es hacer, con pasión y excelencia, aquello que nos mueve, y generar un impacto positivo en nuestra sociedad.

“Hoy puedo liderar proyectos que exigen estrategia y mañana crear otros que demandan creatividad”.

Agradezco a Dios por mi madre, Juana Tumpay, mi mayor ejemplo de fortaleza y compromiso. En medio de la nostalgia nunca permitió que me rindiera. Agradezco también por las oportunidades educativas que tuve. Definitivamente, son los catalizadores que necesita el país para pulir el talento que aguarda en los millones de mentes de nuestras regiones bajo el manto de la pobreza.

Hoy puedo afirmar que tanto el Colegio Mayor como Beca 18 cambiaron mi vida; fueron clave para encaminarme a mejores oportunidades y poder ayudar a mi madre y hermanos. Así como yo, estoy segura que tú, joven peruano, puedes acceder a estas oportunidades y lograr tus sueños; atrévete a ser parte de esta comunidad de becarios.



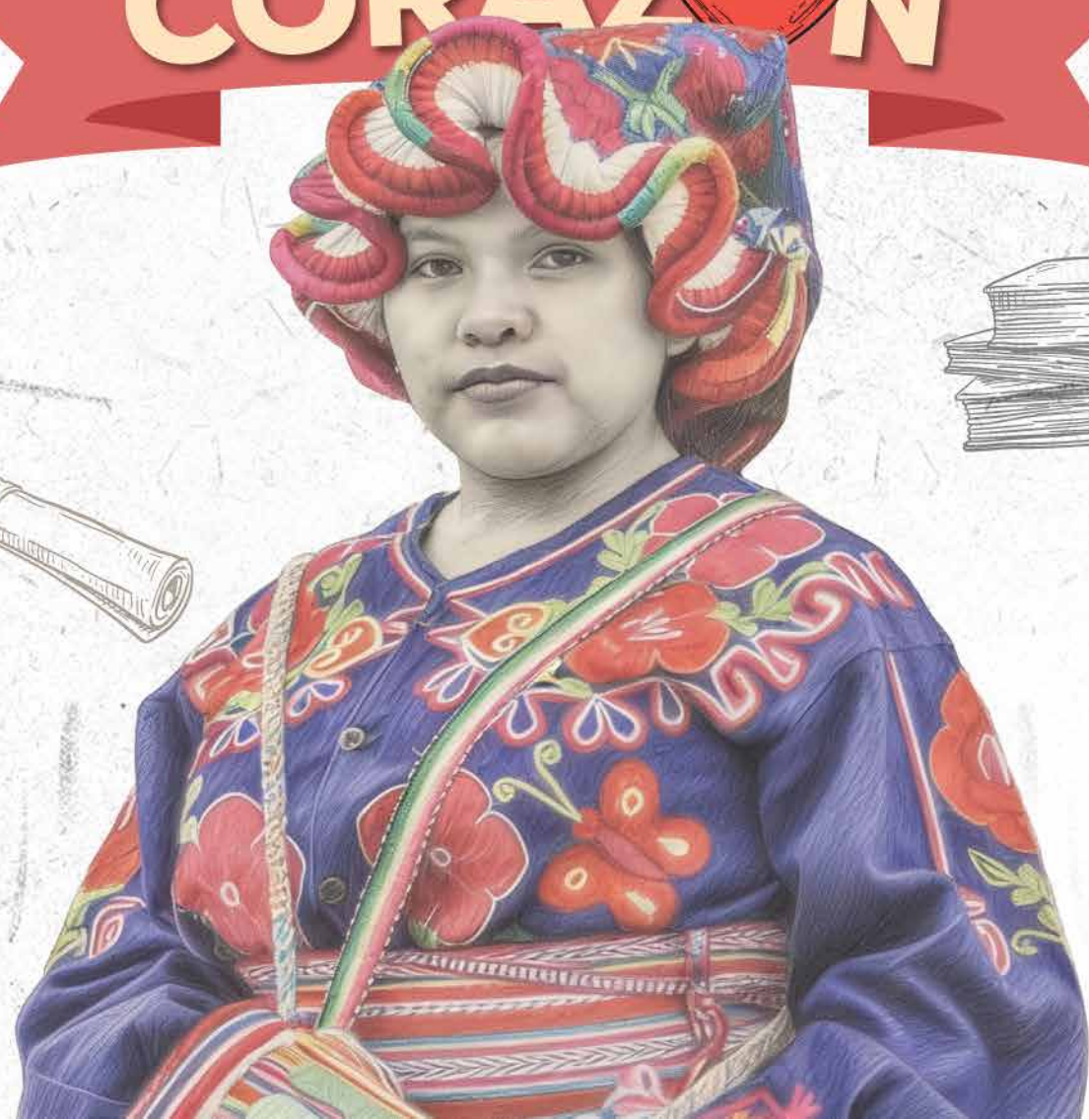
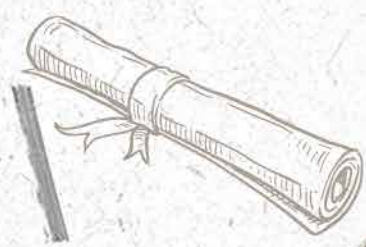
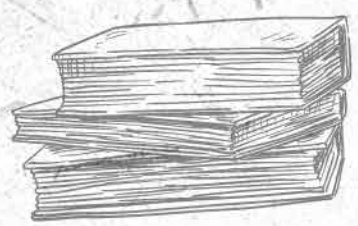
Había elegido

EL CAMINO CORRECTO:

SER MAESTRA

• DE •

CORAZON



Yemily Cristina Cruz Quispe

Educación Intercultural Bilingüe (EIB)

Beca 18

Nací en faldas del Apu Jach'a Pucara, ese cerro que siempre ha velado por nosotros, en la comunidad de Huilacaya, en el distrito de Acora, en Puno. Allí crecí junto a mi madre, mi abuela y mi hermana menor. Toda mi familia es aimara-hablante; nuestras conversaciones, nuestras risas y nuestros silencios siempre tuvieron el ritmo de la lengua de nuestros ancestros.

Sin embargo, cuando aún era una niña, mi madre me pedía que no hablara en aimara. No era por vergüenza, sino por miedo: no quería que yo sufriera discriminación como muchas personas de nuestra comunidad. Así, poco a poco, fui guardando mi lengua en el pecho, como si fuera algo que debía esconderse.

Cuando llegué a tercero de secundaria se creó en mi distrito una nueva institución completamente intercultural bilingüe, con el aimara como lengua principal. Allí estudié y allí, también, mi madre comprendió que hablar nuestra lengua originaria no nos hace menos. Empecé a recuperar mi voz en aimara: primero, tímidamente; luego, con orgullo. Entendí que el idioma no es solo palabras, es memoria, sabiduría, identidad para seguir un camino de bien.

Al llegar a mi último año de secundaria, comenzó una preocupación que me pesaba en el corazón: ¿sería capaz de continuar estudios universitarios? Mi madre siempre estuvo sola, trabajando con esfuerzo, y yo no sabía si podría costear mi educación. Incluso pensé que quizá mi destino sería dedicarme a los tejidos, como lo hacían mi abuela y mi madre.

Un día, mientras estábamos en clase, llegaron representantes del Pronabec. Nos explicaron que podíamos postular a Beca 18 si teníamos buen rendimiento académico y bajos recursos económicos. Aquella noticia me llenó de esperanza, pero también de miedo. No sabía si sería capaz de aprobar un examen universitario. Yo me consideraba una estudiante regular, no la mejor de mi clase, pero tenía un sueño grande y eso me bastaba. Cuando llegué a casa, le conté a mi madre. Ella me sonrió y me dijo que lo intentara.

Llegó la inscripción. Entre las carreras disponibles elegí Educación Inicial Intercultural Bilingüe en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Sentí que ese camino tenía sentido para mí. El día del examen mi madre y yo nos despertamos muy temprano. Me preparó mazamorra de quinua “para que no olvide lo aprendido”, dijo. Cuando llegué al lugar del examen, no sentí nervios; quizá era la ilusión la que me daba calma. Conocí a varias compañeras de distintos lugares; conversamos sobre nuestros sueños y sobre lo que haríamos si ganábamos la beca.

Después del examen escrito, pasamos al examen oral en aimara. Respondí con naturalidad, con alegría; mientras hablaba, mi mente regresó a esos años en que mi madre me pedía no hablar nuestra lengua. Ahora, justamente en aimara, estaba mostrando quién era realmente. Al salir, le conté a mi madre. Ella lloró y me dijo: “Si no te hubiera prohibido hablar aimara, quizá te habría ido mejor”. Pero yo sentí que ese momento era ya una reconciliación con nuestra propia historia.

Un día, mientras hacíamos chacra, recibí un mensaje: “Felicitaciones, aprobaste el examen de Beca 18”. Lo leí dos veces para creerlo. Mi corazón latía fuerte. Tiempo después tuve que viajar a Lima, donde se abría una etapa completamente nueva para mí. Todo era diferente: la ciudad, las personas, la forma de estudiar. Pero también era la primera vez que



sentía tan cerca el sueño de ser profesional. Gracias a la beca y al apoyo de quienes creyeron en mí, pude empezar mis estudios.

“Quiero que mi voz y mi enseñanza abran caminos donde antes hubo silencio o discriminación”.

Los primeros ciclos no fueron fáciles. Extrañaba a mi familia, el silencio del campo, el olor de la tierra húmeda en tiempos de lluvia. A veces, por las noches, solo quería volver a mi comunidad y abrazar a mi madre. Pero cada vez que pensaba en rendirme, recordaba el sacrificio que ella había hecho para enviarme a Lima. Así, con esfuerzo, disciplina y valentía, fui avanzando. Poco a poco, mis calificaciones empezaron a mejorar. Me acostumbré a estudiar hasta tarde, a levantarme temprano para las prácticas.

Sin embargo, la vida puso una prueba muy dura en mi camino: la partida de mi abuela Cirila. Ella había sido como un padre para mí. Cuando mi mamá trabajaba, era mi abuela quien cuidaba de nosotras. Cuando recibí la noticia de su fallecimiento, sentí que el mundo se detuvo. Fue un dolor profundo, silencioso, que me acompañó por meses, pero también fue ella quien me dio fuerzas para seguir. Pensaba en su voz, en sus

manos arrugadas, en la forma en que me animaba a estudiar. Con su recuerdo como un pequeño ángel en el cielo, decidí enfocarme más que nunca en mis estudios. Y fue así, con lágrimas y coraje, que logré estar en los primeros puestos de mi carrera.

Faltaba poco para mi graduación cuando ocurrió otro reto inesperado: me enfermé gravemente. Terminé hospitalizada durante dos semanas; apenas podía caminar y sentía que me faltaba el aire. Pensé que tal vez no llegaría a graduarme, que todo mi esfuerzo se derrumbaría justo al final. Pero una vez más, seguí adelante. Todavía recuperándome sustenté mi tesis de licenciatura en Educación Inicial Intercultural Bilingüe. El sacrificio valió la pena.

Mi tesis obtuvo el primer puesto a la mejor tesis de pregrado de la Facultad de Educación. Cuando recibí la noticia, sentí que todas las noches de estudio, las lágrimas, la nostalgia y el dolor se transformaban en luz. Era la confirmación de que había elegido el camino correcto: ser maestra de corazón.

Hoy, ya profesional, trabajo como docente nombrada en la selva puneña, en una institución rural donde acompaño a niñas y niños de 3 a 5 años. Enseñar en ese lugar es un regalo; cada día llego con la certeza de que la educación puede cambiar vidas, como cambió la mía. Siempre que planifico mis clases, pienso en cómo me hubiera gustado aprender a mí: con cariño, con paciencia, con respeto por mi cultura. Enseño desde el corazón porque sé que así los niños no solo aprenden contenidos, sino que crecen como personas: escuchando, observando y haciendo.

La interculturalidad está presente en cada actividad, en cada proyecto, en cada fecha importante del calendario comunal. Sé que la escuela no

puede desligarse de la vida de la comunidad; nuestros saberes, nuestras costumbres y nuestras lenguas son parte esencial de la educación.

Por eso, ahora, también estoy aprendiendo quechua. Me llena de alegría saber que pronto podré comunicarme con más comunidades, llegar a más niñas y niños, especialmente a aquellos lugares donde la calidad educativa ha sido olvidada. Quiero que mi voz y mi enseñanza abran caminos donde antes hubo silencio o discriminación.

Mi historia continúa. Desde el Apu Jach'a Pucara hasta las aulas de la selva puneña, sigo caminando con la certeza de que la educación cambia destinos. Y yo, Yemily Cristina Cruz Quispe, sigo trabajando para cambiar el mío y el de quienes ahora confían en mí.

#PronabecSíTransformaVidas

www.gob.pe/pronabec

 /Pronabec

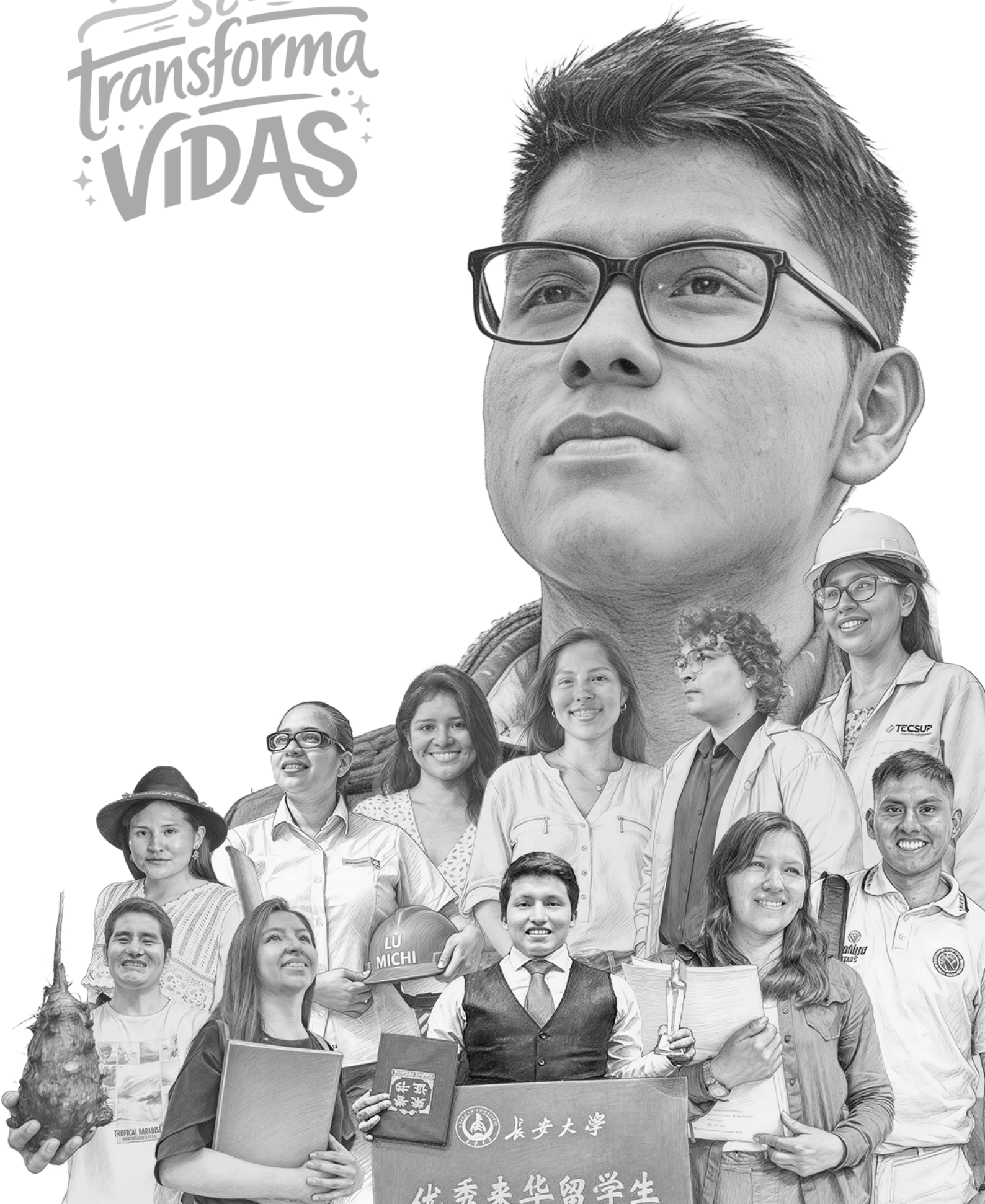
 /Pronabec

 @Pronabec

 @Pronabec

 /PronabecOficial

Pronabec
si
transforma
VIDAS



长安大学

优秀来华留学生